

CHAMP

**Rodolfo
Campodónlco
Autor de
Club Verde**

DJED BORQUEZ

México, 1936

10

8

ML410

.C3

B6

c.1

9

8



92:78



BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO



JUAN I

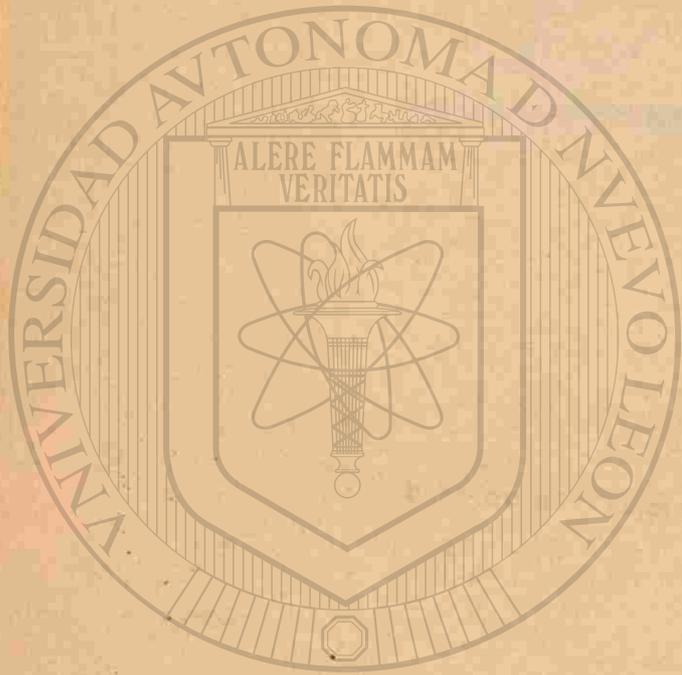
Este libro es propiedad de la
BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO
La persona que lo pida sin permiso del Gobierno o
comercie con él, será penada por los Tribunales.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

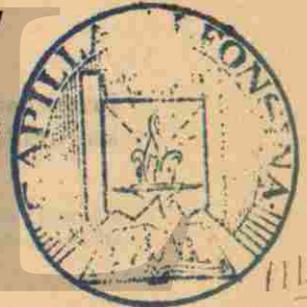


D J E D B O R Q U E Z



''CHAMP''

Rodolfo Campodónico, autor de
"Club Verde"



11506

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON
11506

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO

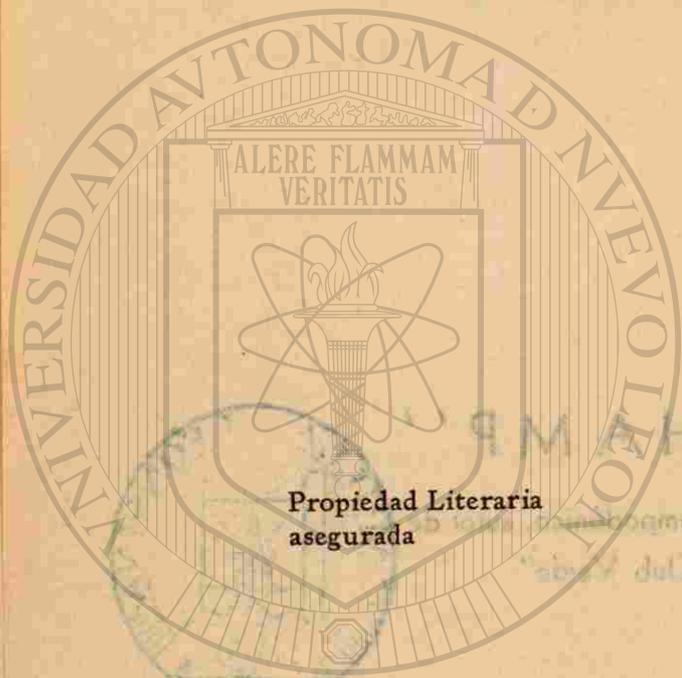
1 9 3 6

16583

ML410

C3

B6 BORQUEZ



Propiedad Literaria
asegurada

U A N L

DEDICATORIA

A Tina Romandía (hoy Sra. Zehfuss)
y a Manuel Puebla, (el giiero Puebla)
hermosillenses representativos

A la memoria de Rubén Durán y a
Manuel M. Prieto: dos camaradas
en Carranza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

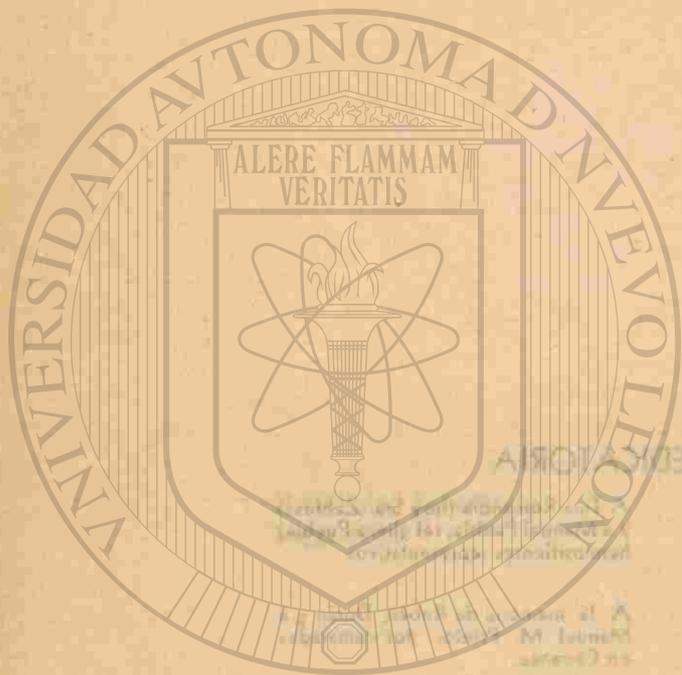


DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO

1971

10000



“CHAMP”

Hubo en Sonora un músico a quien sus amigos íntimos llamaron cariñosamente “Champ”. En tan breve nombre, que es como una contracción del patronímico, se quiso decir “champion”. Esta palabra se usa en la frontera en vez de campeón. ¿De qué sería campeón el músico aquél?

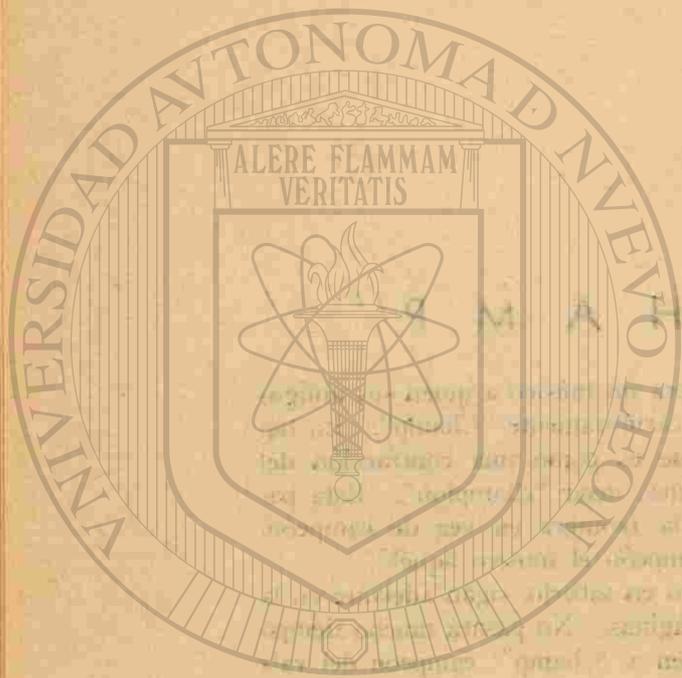
Los interesados en saberlo, sigan adelante en la lectura de estas páginas. No pasará mucho tiempo sin que identifiquen a “Champ”: campeón del vals y de la sana alegría.

Vamos, pues.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





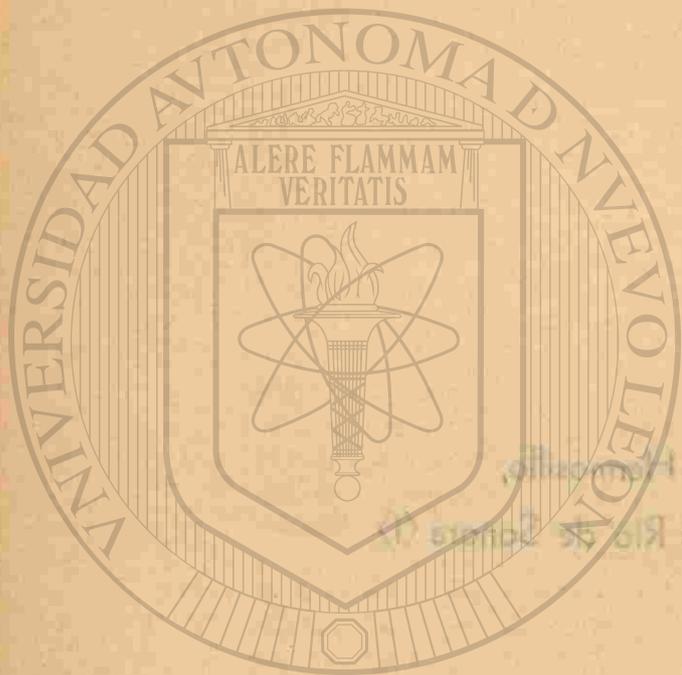
Hermosillo,
sobre el Río de Sonora (1)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



(1).—Este capítulo fue leído por el autor en la sesión ordinaria del 25 de febrero de 1936, de la Benemérita Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.



UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

Hay regiones del país en que la precipitación pluvial es tan abundante y el clima tan favorable a la vegetación, que en ellas el hombre no necesita trabajar mucho para vivir y se vuelve apático, perezoso. Las zonas tropicales, donde el único trabajo humano consiste en sembrar y recoger los productos de la tierra, no sirven para estimular esfuerzos ni engendran voluntades firmes. Las energías del hombre se estimulan y acrecientan, cuanto más

grandes son los obstáculos que presenta la naturaleza. Nuestros agricultores del norte o de la altiplanicie, superan en acción y carácter a los de tierra caliente.

Donde llueve mucho durante todo el año, no se puede estimar el valor del agua tanto como en aquellos lugares áridos del noroeste de México. Del noroeste sólo se salva el Estado de Sinaloa, por la regularidad con que sus ríos corren paralelos, hacia el Pacífico, en todo lo largo de su territorio. Baján las corrientes de la Sierra Madre Occidental, cruzando a Sinaloa en su menor extensión, o sea de oriente a poniente. Las cuencas de los ríos sinaloenses casi se tocan y donde no se cultiva la tierra, hay bosques de maderas preciosas o montes cubiertos de vegetación.

Sonora no tiene territorio tan privilegiado. En él dominan los desiertos, en que sólo prosperan: una yerba que todavía no se aprovecha —la gobernadora— manchones de candelilla y sobre todo las "chollas" (abrojos). Como centinelas del desierto se yerguen los sahuaros enormes, que en los crepúsculos de Altar parecen gigantes en oración o que imploran del cielo, inútilmente, la lluvia bendita. El páramo sonoreño es interrumpido a grandes distancias, por unos cuantos ríos: el Asunción, el de Sonora, el Yaqui y el Mayo. Sus cuencas son como oasis entre la desolación y la hostilidad del suelo seco.

El río Asunción, que se forma al unirse el de Altar al Magdalena, recorre la zona menos poblada

del Estado, que tiene muy escasa densidad de población; 1.7, es decir, menos de 2 habitantes por kilómetro cuadrado. Los ríos Yaqui y Mayo son bastante conocidos: 1º, por sus productos agrícolas, principalmente arroz y garbanzo; y 2º, por sus indios yaquis y mayos, quienes tanto contribuyeron para hacer triunfar la revolución constitucionalista.

Por éso he de ocuparme en esta introducción, únicamente del río de Sonora, es decir, del río central de mi tierra. Viniendo de norte a sur, de Cananea hasta Ures, el río de Sonora es encajonado y alimenta en sus márgenes pequeños pueblos y tierras poco extensas. Para penetrar al valle de Ures, se abre su cuenca y toma la dirección de noreste a suroeste. Más grande que el de Ures, se halla en seguida el valle de Hermosillo, que aprovecha las aguas del río, hasta que éste se pierde en las arenas ribereñas del Golfo de Cortés.

Anteriormente yo no tenía otra noción del río de Sonora que la que pregonaban los anuncios de unos cigarros. En ellos siempre se hablaba de "tabacos de las mejores vegas del río de Sonora". Y ahora mismo, cuando se trata de ponderar la calidad de los cigarros de manufactura local, en Hermosillo se habla de "las mejores vegas de Compostela e Ixtlán (Nayarit) y del río de Sonora". Buen tabaco se produce en los pueblos del río, así como trigo, maíz, caña, legumbres y buen mezcal.

Hace pocos años, al propagarse en Sonora la fiebre por construir carreteras, un gobernador pensó en la ruta del río para unir la frontera con Her-

mosillo, siguiendo el trazo del antiguo camino colonial. La idea fue buena y hasta se gastaron varios cientos de miles de pesos en realizarla. Pero vino otro gobernador, a quien pareció más práctico seguir la ruta del ferrocarril, y desde entonces el trazo desde la frontera se ha seguido de Nogales a Hermosillo, pasando por Magdalena, Santa Ana, Carbó, etcétera. A principios del año de 1932 recorrí el camino del río, viniendo desde Bacoachi. En compañía de un artista que murió prematuramente —Fermín Revueltas— visité los pueblos del río de Sonora, que en su mayor parte fueron fundados por tribus indígenas de origen pima y ópata. Estuvimos en Arizpe, la antigua capital del Estado, que conserva algunos recuerdos históricos, entre los cuales se cuentan las tumbas de Pesqueira y García Morales. El camino, después de Arizpe sigue el curso del río y lo cruza en varias partes. Viniendo hacia el sur, lo más notable que encontramos son los "relices" o acantilados, que se forman en las márgenes y que con la erosión han tomado formas muy caprichosas. Los "relices" son altísimos y a veces representan figuras humanas o de animales. Algunos se presentan como un conjunto de edificios o parecen grandes torres. El pintor Revueltas, colorista sensitivo, tomó apuntes de aquellas formaciones, que al crepúsculo adquieren tonalidades fantásticas.

Las poblaciones del río de Sonora de donde se surten los habitantes de haciendas y ranchos, conservan casi todas sus nombres indígenas y son, río

abajo: Sinoquipe, Banámachi, Huépac, Suaquí, Aconchi, La Estancia y Baviácora. Entre ellas se distingue Banámachi, porque tiene mayor extensión de tierras cultivadas y dos pequeños molinos harineros. Baviácora es la de mejor clima, es decir, donde hace menos calor. En todos los poblados del río el clima es extremo: mucho frío en el invierno y altas temperaturas en verano.

La gente del río de Sonora posee varias virtudes: honorabilidad, laboriosidad y afán por el estudio. Como la tierra no es pródiga, la existencia se lleva con sacrificios y a fuerza de trabajo tesonero. Son hombres de bien que luchan en el campo por el sustento diario. Rancheros buenos para el caballo y resistentes para vivir al aire libre. Por eso el río de Sonora dió tantos soldados a la revolución. De ahí salieron por centenares, a engrosar las filas del constitucionalismo. De entre ellos surgió el general Francisco Contreras, quien vino con el Ejército del Noroeste hasta la ocupación de la ciudad de México, yendo después al Norte a tomar parte en los combates del Bajío. Murió en Valle de Santiago —Guanajuato— peleando bajo las órdenes del general Obregón.

Con el cambio de trazo en la carretera nacional, volverán los pueblos del río de Sonora a su calma habitual y al aislamiento en que han vivido desde muy lejana época. Los trabajos realizados en 1930 y 1931 para comunicarlos con Hermosillo, se están perdiendo por falta de conservación. Ello privará a Sonora del único camino de interés para el tu-

rismo. Además de los paisajes del río encajonado, que bordean altos cerros, se perderán las perspectivas que desde las alturas de Baviácora se ofrecen al viajero. Las empinadas cuestas y las curvas retorcidas de aquel tramo, no las tiene en ninguno de los suyos, la carretera nacional que comienza en Nogales.

Lejos de la civilización, mal comunicados con ciudades de importancia, los habitantes del río se afanan por estudiar, por conocer el mundo y la historia de la humanidad. Hay entre ellos muchos auto-didactos. En otras épocas contaron con la Escuela de Ures, que se hizo famosa bajo la dirección del maestro Lafontaine; o fueron al Colegio de Sonora, que dirigió inteligentemente el notable educador don Felipe Salido. Ahora hay algunos que envían a sus hijos a escuelas de la capital de la República o a universidades de Estados Unidos.

El río de Sonora nace al pie de la Sierra de Cananea, muy cerca del mineral del mismo nombre, en un punto llamado el Ojo de Agua. Baja entre serranías, culebreando, hasta la Puerta del Sol, que es una garganta estrecha, desde la cual se abre para penetrar a los Valles de Ures y Hermosillo. En todo su trayecto, el río mide cuatrocientos veinte kilómetros. Desde la Puerta del Sol al mar, en que los valles son anchos, la distancia aproximada es de ciento ochenta kilómetros. Esto hace presumir que cuando puedan almacenarse las aguas del río, se irrigarán fácilmente más

de sesenta mil hectáreas de terreno de primera calidad.

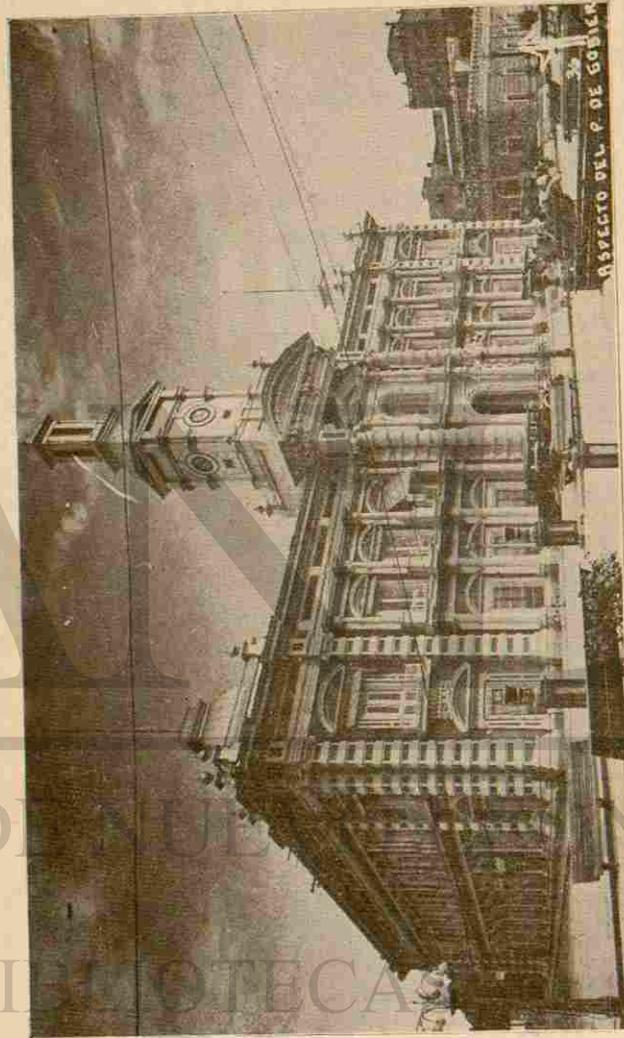
No conozco sitio más apropiado para una obra de irrigación, que éste del río de Sonora. En la salida al valle o en un lugar próximo, está seguramente la localización precisa —que fijará la técnica— para construir una gran presa de almacenamiento o un dique sumergido. Se han hecho varios estudios para definir cuál será la obra de irrigación más apropiada. Hay trabajos realizados en la Puerta del Sol, por una comisión que presidió el ingeniero Nicolás Durán; después se hicieron sondeos del lecho del río, del que se derivaron anteproyectos para un dique sumergido muy cerca del "Puente de Fierro", que está a cinco kilómetros de Hermosillo; y por último se ha pensado en la presa del Molinito, a siete leguas de la capital, río arriba. Es seguro que alguno de los proyectos que tienden a aprovechar las aguas del río de Sonora, se llevará a la práctica. Lo están pidiendo las tierras hasta el Mar de Cortés, que son "de pan llevar"; y el río mismo, cuya agua corre bajo las arenas, necesitando un dique que las haga emerger hasta la superficie. Cuando se realice uno de los proyectos, florecerá Hermosillo, la ciudad que está sobre el mismo río de Sonora, poco después de que éste aumenta su caudal con el mayor de sus afluentes: el San Miguel.

En las grandes avenidas, el río de Sonora acarrea limo fertilizante en elevada proporción, que deposita en las vegas, al extender su anchura. La

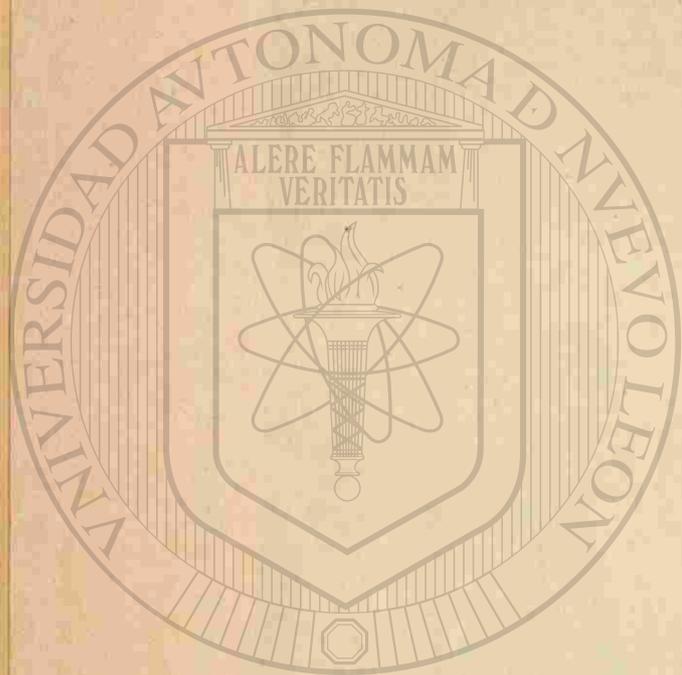
tierra, abonada así, se utiliza por los agricultores de la costa, quienes obtienen considerables rendimientos. No hay región del Estado donde se produzca mejor frijol, ni en proporciones como las que alcanza en Siete Cerros y Costa Rica, en las cercanías del Golfo de California. El trigo también rinde más de treinta por uno en esta comarca, donde además se dan el chícharo, el tomate, el melón "cantaloup" y muchas otras plantas de exportación o de fácil consumo local.

En el antiguo presidio de Pític y muy cerca de la confluencia del río San Miguel con el de Sonora, se desarrolló una población que en el año de 1828 subió a la categoría de ciudad. En el acta que con tal motivo se levantara, se asentó la declaratoria correspondiente. Comienza así: "Se intitula ciudad de Hermosillo la antigua villa de Pític..."

El nombre que sustituyó a Pític, viene del primer insurgente de Sonora. Secundando el movimiento iniciado con el grito de Dolores, el coronel José María González Hermosillo se pronunció y puso sitio al Rosario, defendido por el coronel español Villaescusa, quien capituló y fue perdonado (18 de diciembre de 1810). El gobernador de la provincia, García Conde, acudió a sofocar la insurrección y fue ayudado por el mismo Villaescusa, para derrotar a Hermosillo en la batalla de San Ignacio, el 8 de febrero de 1811. Así terminó la corta carrera de aquel coronel insurgente, cuyo



El histórico palacio de Gobierno, de Hermosillo, Sonora.



nombre lleva desde principios de la Independencia la capital de Sonora.

Casi toda la ciudad de Hermosillo está sobre la margen derecha del río. A la izquierda se encuentra la antigua villa de Seris, que desde 1910 forma el cuartel noveno de la capital. Rodeada de huertas de naranjos y de tierras labrantías, Hermosillo rodea a su vez al cerro de la Campana, cuyos crestones de piedra caliza, hacen que los ardientes rayos del sol reverberen sobre la sufrida ciudad. Pocas poblaciones del país soportan un calor tan intenso como Hermosillo, durante el verano. Ni Guaymas la supera en temperatura alta, aún cuando el puerto está cercado por cerros pelones y pasa días en que ni siquiera una hoja mueven sus laureles de la plaza "13 de julio", al soplar el más tímido de los céfiros.

Hermosillo es una ciudad limpia y bien trazada, con cuidados parques y jardines floridos. Tiene fama por la belleza de sus mujeres y la alegría de sus habitantes. El carnaval de Hermosillo compite con el de Mazatlán, aunque no haga tanto ruido.

Es mala el agua potable en Hermosillo, por lo *rica* en sustancias nocivas a la salud; pero con esto no es peor que en otras muchas ciudades de la República. En opinión del eminente doctor Rafael Silva —antiguo Jefe del Departamento de Salubridad— en casi todas las poblaciones del país se carece de regular agua potable y uno de los mejores servicios que puede hacerseles, es dotarlas del precioso líquido en cantidad y en calidad adecuadas.

Hermosillo sólo disfruta del río para el riego de sus huertas y para extraer de su lecho, con potentes bombas, el agua que es utilizada en los servicios domésticos. Pero en la mayor parte del año, quien busque al río, sólo encontrará un calcinado arenal que cruza provisionalmente el camino a Seris; éste se hace con las basuras de la ciudad, en las que predomina el estiércol. Las grandes avenidas del río borran el camino, que no volverá a resurgir sino con el estiaje.

Hermosillo ha sido uno de los municipios del país en que mejor se produce la naranja, exportada durante muchos años a Estados Unidos y al Canadá. Los malos vientos trajeron el piojo rojo, que ha hecho mermar la producción y enfermado el fruto a un grado tal, que actualmente sólo se exporta en cantidad insignificante la naranja hermosillense. Se dan también otras frutas en las huertas de Hermosillo, como duraznos, membrillos, higos y dátiles. Además se cultivan alfalfa y cebada; y en las tierras próximas se levantan buenas cosechas de trigo, frijol, sandías y melones.

La ciudad agrada al viajero, sobre todo cuando se da cuenta de la belleza de las mujeres hermosillenses. Ciudad moderna es Hermosillo. Para hallar lo colonial en Sonora se necesita visitar Arizpe, donde queda poco; o ir hasta Alamos, que tiene portales, musgo y paredes carcomidas, como en las vetustas poblaciones del interior.

Presintiendo lo que sería con el tiempo esta ciudad, desde el 19 de agosto de 1843, por medio del

decreto N° 2641, el gobierno federal la declaró capital del Estado de Sonora. Dice así el documento: "Antonio López de Santa Anna, etc., sabed: Accediendo a la solicitud del gobernador del Departamento de Sonora, relativa a que la ciudad de Hermosillo sea la capital del mismo Departamento, ya por tener más población y comercio, como por ser el centro de las comunicaciones y reunir sus habitantes circunstancias particulares que favorecen aquel país, he tenido a bien, usando de las facultades que me concede la sétima de las bases acordadas en esta villa, y sancionadas por la nación, decretar lo siguiente: La capital del Departamento de Sonora será para lo sucesivo la ciudad de Hermosillo". Desde el mes de octubre de 1830, Sonora se había separado de Sinaloa, con el que formaba el Estado de Occidente. Su primera constitución política se promulgó el año de 1831.

El Ferrocarril Sud-Pacífico de México tiene en Hermosillo una de sus principales estaciones, tanto por el movimiento de carga como por el de viajeros. Penetra a la ciudad por La Unión, punto situado a medio kilómetro del río de Sonora y se detiene frente a los andenes, después de recorrer una gran curva cerrada. Es el caso único de un tren que pasa junto a la estación y tarda cinco minutos más para detenerse en ella.

Los barrios principales de Hermosillo son los de la plaza del Carmen y del Jardín Juárez. La nueva ciudad tiende a extenderse hacia el norte, por el barrio del Retiro. Es la excepción entre las

ciudades, que en todas partes del mundo crecen hacia el poniente o al sur. Hermosillo tiene que hacerlo en dirección al norte, porque sólo por ese rumbo hay terrenos suficientes. El río está al sur y un poco al oeste y además se vuelve peligroso en sus grandes avenidas de la época de lluvias.

Apenas llegan a veinte mil los habitantes de Hermosillo, predominando un poco el elemento masculino. Tiene buenas escuelas y edificios públicos regulares. Es notorio que en Sonora se paga a los maestros de escuela mejor que en casi todo el país y últimamente en Hermosillo se ha fomentado la enseñanza secundaria, la normal y la de artes y oficios.

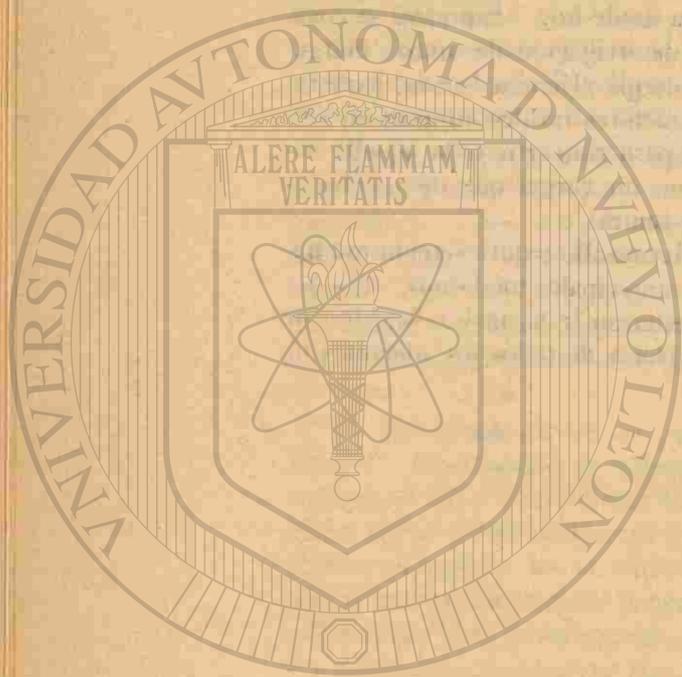
En Hermosillo tienen su asiento los poderes del Estado. El comercio es importante y la industria raquíica. Hay dos molinos harineros, una cervecería, varias fábricas de ropa y una galletería. El tráfico es regular en la ciudad, por lo numeroso de los automóviles (*toute proportion gardée*) y las calles están bien pavimentadas en su mayoría.

Antaño los barrios de Hermosillo tenían nombres más pintorescos que ahora: el de "la Cuetera"; la "Chicharra"; el del "Piojo", que degeneró en "Bachimba"; el de "la Matanza" y el de las "Pilas". En estos dos últimos, como pertenecen al cerro de la Campana, los muchachos son buenos para las pedradas y con el tiempo se hacen magníficos jugadores de beisbol.

Hermosillo no vale mucho, por ahora. Tendrá importancia y será grande, cuando se hagan las obras

del río de Sonora y todas las ricas tierras que se extienden hasta el mar, lleguen a producir lo que su fecundidad indica desde hoy. Entonces se construirán los canales de irrigación de ambas márgenes del río, habrá energía eléctrica barata, para todos los usos y los tractores no descansarán en voltear la tierra feraz, para convertir toda aquella zona maravillosa en un vergel que dé nombre a Sonora y a su río central.

Para entonces, Hermosillo tendrá setenta mil habitantes y servicios municipales modernos. Los sonorenses ya no necesitarán ir hasta los Angeles, de California, para disfrutar de todos los adelantos de la civilización.



U A N L

Primera etapa de
su vida

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



café, tirado por dos garbosos caballos prietos.

Ahora que en Hermosillo hay tanto fuereño (savia nueva) y quedan pocos viejos tradicionalistas es difícil saber por qué la calle principal se llamó, "de los Naranjos". Para los manejadores de automóviles resulta angosta la rúa y no pueden comprender cómo se hizo para conservar a ambos lados, junto a las banquetas, dos hileras de opulentos naranjos, que dieron nombre y carácter, no solamente a la calle, sino a la propia capital. Además, el piojo rojo vino a desprestigiar las naranjas de Hermosillo, que tanta fama tuvieron en Canadá. A pesar de las fumigaciones del sulfocianuro, el piojo vive en las cáscaras del fruto, dándole un aspecto de varioloso, que repugna al mercado y hasta a los conocedores de su grato dulzor.

A principios de este siglo veinte, tan pródigo en progresos, Pític era una población más polvorienta que ahora. No soñaba con que el cemento, usado en pequeñas dosis para sus banquetas, llegaría a convertirse en pavimentación. Antes, el cerro de La Campana era el único autorizado para reflejar los rayos del sol durante el día y el calor acumulado, en las noches, sobre la calcinada ciudad. Ahora el cemento de las calles compite con el cerro. Afortunadamente los "pitiquenses" no "presumen" de clima, como hacen las gentes de Saltillo.

Las calles principales de Hermosillo estaban pavimentadas al "macadam" y como el agua era escasa, no siempre se las regaba. El viento levanta-

la polvaredas, sobre todo en los meses de marzo y abril, o en el de febrero loco. En cambio, en las épocas de lluvia se formaban lodazales, en los que resbalaban los pobres caballos de los carruajes de alquiler. Los presos iban en fajinas a levantar de la piedra la capa de lodo que se formaba: masa untuosa y achocolatada, que se antojaba al paladar.

Antes de dar naranjas, los naranjos producían naranjitas. El fruto verde y pequeño, del tamaño de canicas, servía a los niños para organizar batallas campales, con proyectiles menos ofensivos que las piedras del cerro. Despanzurradas en las aceras o en las callejuelas de la plaza "Zaragoza", las naranjitas hacían que resbalaran los transeuntes y despedían su olor característico, agradable.

La plaza de armas se veía muy animada los días de serenata y los 15 de septiembre; pero donde la vida hermosillense adquiría su aspecto más peculiar era en la alameda. Aún cuando su nombre antiguo es el de alameda, quizás porque no tiene álamos dieron en llamarle parque. Primero se le nombró Parque "Ramón Corral" y ahora, esperamos que definitivamente, se llama Parque "Francisco I. Madero".

Los domingos por la tarde todo Hermosillo estaba en su alameda. Las gentes pobres discurrían alrededor de la banda o de la orquesta, que tocaba junto a una fuente, bajo las "piochas" (lilas). Los adinerados paseaban en coche, dándose importancia: desde la plaza de armas hasta el parque, ida y vuelta por las calles de los Naranjos y del Car-

men. Entonces había en la alameda, casi frente a la calle Monterrey, una cantina muy estimada: la de Ocambo Escalante. No sé si por lo raro del nombre —Ocambo— o porque el servicio fuera bueno, el hecho es que todos iban a tomar copas a ese lugar o a beber cerveza fría y mala, a la que siempre le ponían sal y acompañaban con galletas de soda. Hasta las señoritas encopetadas bebían frente al establecimiento de Ocambo, saludando desde los carruajes con largos "adióoos", a la usanza fronteriza.

Ocambo murió y con él la costumbre de servir cerveza en la alameda. La que fue su cantina se convirtió en puesto de policía. El cambio no pudo ser más brusco.

Hermosillo era una ciudad alegre. No había noches sin serenatas a las muchachas, acompañadas de libaciones más o menos intensas y ya comenzaba a ser diversión de importancia el ir al "dipo" (estación) para ver si de casualidad pasaba un amigo en el tren. Los carruajes tenían casi todos llantas de hule, caballos gordos y cocheros amables, que fiaban a cualquiera y se hablaban de tú con todo el mundo.

El colegio de señoras estaba situado en la calle de la Torre de Babel y era muy bonito. Allí se educaban las niñas de la ciudad y de los alrededores. El colegio era muy bonito y tenía un jardín muy grande. Allí se educaban las niñas de la ciudad y de los alrededores. El colegio era muy bonito y tenía un jardín muy grande.

El colegio de señoras estaba situado en la calle de la Torre de Babel y era muy bonito. Allí se educaban las niñas de la ciudad y de los alrededores. El colegio era muy bonito y tenía un jardín muy grande.

El colegio de señoras estaba situado en la calle de la Torre de Babel y era muy bonito. Allí se educaban las niñas de la ciudad y de los alrededores. El colegio era muy bonito y tenía un jardín muy grande.

El colegio de señoras estaba situado en la calle de la Torre de Babel y era muy bonito. Allí se educaban las niñas de la ciudad y de los alrededores. El colegio era muy bonito y tenía un jardín muy grande.

El colegio de señoras estaba situado en la calle de la Torre de Babel y era muy bonito. Allí se educaban las niñas de la ciudad y de los alrededores. El colegio era muy bonito y tenía un jardín muy grande.

— III —

A principios del siglo, Hermosillo tenía alguna personalidad. Eran los buenos tiempos de tiendas como "La Torre de Babel" y "La Ciudad de París" y ya cundía la fama de la "Mercería de La Paz". Entonces estaba en su apogeo el Hotel Cambouston, que se anunciaba modestamente como "uno de los menos malos de la capital". Entre los médicos mexicanos tenían prestigio Aguilar, Noriega y Caturegli y entre los anglo-americanos los

men. Entonces había en la alameda, casi frente a la calle Monterrey, una cantina muy estimada: la de Ocambo Escalante. No sé si por lo raro del nombre —Ocambo— o porque el servicio fuera bueno, el hecho es que todos iban a tomar copas a ese lugar o a beber cerveza fría y mala, a la que siempre le ponían sal y acompañaban con galletas de soda. Hasta las señoritas encopetadas bebían frente al establecimiento de Ocambo, saludando desde los carruajes con largos "adióoos", a la usanza fronteriza.

Ocambo murió y con él la costumbre de servir cerveza en la alameda. La que fue su cantina se convirtió en puesto de policía. El cambio no pudo ser más brusco.

Hermosillo era una ciudad alegre. No había noches sin serenatas a las muchachas, acompañadas de libaciones más o menos intensas y ya comenzaba a ser diversión de importancia el ir al "dipo" (estación) para ver si de casualidad pasaba un amigo en el tren. Los carruajes tenían casi todos llantas de hule, caballos gordos y cocheros amables, que fiaban a cualquiera y se hablaban de tú con todo el mundo.

El colegio de señoras estaba situado en la calle de la Torre de Babel y era muy bonito. Allí se educaban las niñas de la ciudad y de los alrededores. El colegio era muy bonito y tenía un jardín muy grande. Allí se educaban las niñas de la ciudad y de los alrededores. El colegio era muy bonito y tenía un jardín muy grande.

El colegio de señoras estaba situado en la calle de la Torre de Babel y era muy bonito. Allí se educaban las niñas de la ciudad y de los alrededores. El colegio era muy bonito y tenía un jardín muy grande.

El colegio de señoras estaba situado en la calle de la Torre de Babel y era muy bonito. Allí se educaban las niñas de la ciudad y de los alrededores. El colegio era muy bonito y tenía un jardín muy grande.

El colegio de señoras estaba situado en la calle de la Torre de Babel y era muy bonito. Allí se educaban las niñas de la ciudad y de los alrededores. El colegio era muy bonito y tenía un jardín muy grande.

El colegio de señoras estaba situado en la calle de la Torre de Babel y era muy bonito. Allí se educaban las niñas de la ciudad y de los alrededores. El colegio era muy bonito y tenía un jardín muy grande.

— III —

A principios del siglo, Hermosillo tenía alguna personalidad. Eran los buenos tiempos de tiendas como "La Torre de Babel" y "La Ciudad de París" y ya cundía la fama de la "Mercería de La Paz". Entonces estaba en su apogeo el Hotel Cambouston, que se anunciaba modestamente como "uno de los menos malos de la capital". Entre los médicos mexicanos tenían prestigio Aguilar, Noriega y Caturegli y entre los anglo-americanos los

doctores Vanneman y Smith. Este último, además de usar una barba "a la Boulanger", lucía una hija muy linda llamada Perla (Perla Smith. ¿No suena bien?).

El colegio de Sonora estaba pletórico de alumnos. Después del profesor Carlos M. Calleja —severo, pero muy capaz— vino a dirigirlo el ingeniero don Felipe Salido, capitán del Colegio Militar. A despecho de su porte marcial y del empeño que tenía en dar buenos ejercicios militares a todo el colegio, don Felipe era un hombre bondadoso y cordial.

Bajo la dirección del ingeniero Salido, el colegio de Sonora realizó grandes progresos y aumentó considerablemente en alumnos. A su internado vinieron estudiantes de todo Sonora y hasta de la Baja California y Sinaloa. El prestigio del director atrajo a muchos jóvenes de otras entidades, que estaban seguros de aprender mucho en la flamante escuela primaria superior de Hermosillo. ¡Qué bien se estudiaba en el colegio! Los muchachos de quinto año sabían álgebra y geografía universal; y los del sexto, además de idiomas, habían cursado trigonometría, la gramática de Bello y Cuervo y la geografía de Schultz.

—Fila de la derecha, por el flanco derecho; fila de la izquierda, por el flanco izquierdo... ¡marchen!

Así ordenaba don Felipe con robusta voz y el colegio lanzaba hacia las calles los quinientos muchachos bullangueros. Afuera esperaban don Jua-

nito, con horchatas y "monas" (de harina de trigo) y el giiero "melcochero" que gritaba a todos pulmones:... *chapas y largas, niños...* ¡Aquí está el que da barato!

Los internos del colegio, presididos por Cristóbal Bon Bustamante, salían formados en dos hileras hacia el internado, que ocupaba la casa de Corral, en la calle de Morelos. No eran los mejores estudiantes.

A las doce del día —hora del bacanora— se animaba un poco la vida pitiqueña. Los empleados del gobierno pasaban por las cantinas del trayecto, a echarse la copita con sus amigos. Así lo hacían don Brígido Caro, don Benigno López y Sierra, Francisco Carmelo y los impresores como don Ireneo S. Michel y Jesús Siqueiros.

A uno cincuenta la hora, el novio daba vueltas en coche por la calle en que vivía su adorada, marcándose en surcos hondos las huellas del carruaje, en el piso de tierra. ¡Qué perseverancia! Toda la mañana o la tarde completa en pasar frente a la casa de la amada. Arrinconado en el asiento de atrás, el pretendiente pasaba y pasaba, logrando a veces enviar miradas o sonrisas a su caro amor. Así florecieron en Hermosillo los últimos romances.

De moda estaban también —¿por qué no decirlo?— las cantinas en que servían buenas "botanas". La del Chapo, por ejemplo. Más que por los vinos y licores, muchos jóvenes iban a ellas atraídos por la carne de puerco con chile colorado,

o la cahuama (1) fresca traída de Guaymas. (Enrique Celis es testigo).

Los domingos en la mañana se veían muy concurridas: la misa de diez en la Capilla del Carmen y la de once, en la Parroquia. Es que a tales horas iban a la iglesia las jóvenes más bonitas de la población y eso que bellas había en todos los sitios. La mayoría de los varones esperaban en el jardín vecino el paso de las muchachas. Después iban a tomar un refresco o un vaso de cerveza, en el lugar preferido; junto a la orquesta que plañía las piezas más en boga.

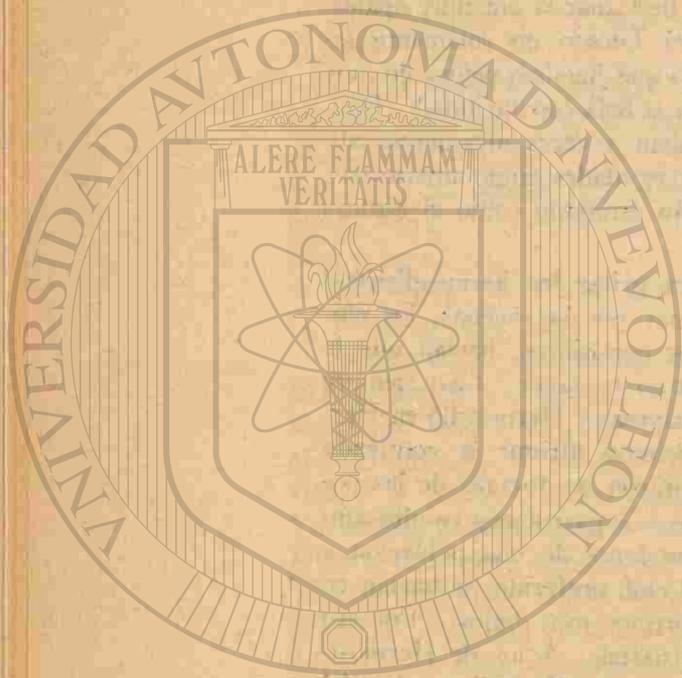
Las tardes de los domingos se dedicaban a brillantes juegos de beisbol. Fueron campeonatos sostenidos contra novenas de otras ciudades. El club Hermosillo se reforzó en el catcher Mangerina y el pitcher Gilroy, traídos de los Angeles. Ya habían pasado los primitivos encuentros en la Huerta de Vega, cuando todavía actuaban Félix Tonella, Francisco Millet, Felipe Seldner y Eduardo Ruiz. Aquellos desafíos en que se jugaba sin manopla, se tenía como lujo atrapar la bola con una sola mano y el catcher se colocaba cinco o seis metros del "home", estando autorizado para coger la pelota al primer bote.

Pero cuando florecieron Mangerina y Gilroy, el beisbol hermosillense llegó a su apogeo. Después de derrotar a Guaymas, Empalme, La Colorado y Nogales, la novena Hermosillo dió magní-

(1).—O caguama, como usted quiera escribirla, es una tortuga de mar. En México la sirve Cándido Madrid.

ficos juegos contra Tucson, Bisbee, Cananea y Douglas, en donde había también magníficos equipos. Entonces el club de Cananea era muy apaleador y los "pochis" del Tucson no solamente sabían mascar chicle, sino que jugaban pelota de muy buen estilo y le daban a la bola con facilidad. Douglas y Bisbee presentaban a veces ingenieros salidos de las grandes universidades anglo-americanas, donde el beisbol era tan estimado como el estudio de la geología.

¡Y qué bravos para gritar los hermosillenses! Cuando no podían ganar por las buenas, los chillidos del público o los naranjazos, hacían que la contienda se resolviera en su favor. Casi siempre Guaymas ganaba en Guaymas y Hermosillo en Hermosillo, y cuando quisieron dirimir la contienda en Empalme, se equilibraron las fuerzas de las porras y la lucha a gritos o a garrotazos resultó aún más reñida. Las excursiones de una población a otra, por acompañar al club preferido, se hacían en trenes especiales y a precios muy bajos. Por eso eran numerosas y entusiastas. A los de Hermosillo les decían en Guaymas "queliteros" y a los del puerto les gritaban en la capital "patas saladas". Pero a pesar de los numerosos gritos y de los garrotazos que a veces resonaban, esas excursiones servían para fomentar un mejor entendimiento entre las ciudades rivales. Comenzaba a propagarse el turismo interior.



UANI

— IV —

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y DESARROLLO TECNOLÓGICO

En la calle de los Naranjos, cerca de la alameda, vivieron varios abogados del interior del país, que formaban parte del Supremo Tribunal de Justicia del Estado: Raymundo Landgrave, J. García de León y Wenceslao Espinosa. Este último era chaparro, gordo y además de bastón, usaba "piocha". Por ahí cerca deambulaba el licenciado Alberto Flores, quien se casó con una de las hijas de doña Delfina de Durón, viuda rica. Otro



de los dichosos yernos fue don Seráfico Robles —casi abogado— y por muchos años Secretario del Tribunal. Aproximación de abogado era también Bernardo Cabrera, el gran amigo de Luis Encinas y del bacanora “Duarte”.

En los Naranjos vivieron don Manuel Hughes —viejo barbón— y don Manuel Ferreira, cuya hija Amelita atraía y fascinaba. En casa humilde de esa misma calle vivía don Manuel Parada, abogado a quien temían y odiaban los hombres de la dictadura, porque era capaz, valiente y honorable a carta cabal. Hombre de una pieza, al licenciado Parada no halagaban los cargos públicos ni atemorizaba la prisión. Servía desinteresadamente a los pobres y no le importaba mucho tener que luchar contra influyentes: los “lobos gordos” de entonces. Los hijos de Parada eran traviesos y aguerridos, ciertos en las pedradas y prontos a la hora de los puñetazos. De esos muchachos “llevados por mal”, que cuando crecen se tornan hombres de provecho. Todos anduvieron en la revolución, años después. Uno de ellos —José— llegó a ser miembro del Estado Mayor Presidencial.

En los Naranjos tenía su casa don Dionisio González, el candidato independiente de 1901, que luchó contra la imposición dando lugar a que se formara el Club Verde. Otros vecinos ilustres de la calle de los Naranjos fueron don Emilio W. Parra, pintor y decorador; y Rodolfo Campodónico, entonces director de orquesta. Campodónico vivió primero frente a la casa de doña Delfina de Durón y

después en la última casa de la calle, en la esquina que daba a Rosales, frente al parque “Ramón Corral”.

Entre la colonia extranjera había tipos bien caracterizados en Hermosillo: los hermanos Adolfo y Simón Bley, acaudalados hamburgueses, que fundaron la “Mercería de la Paz”; Max Miiller, el banquero, que se daba una vida regalada; los hermanos May e Isidro Hagenauer, alsacianos; y los hermanos Béraud, barcelonetas. Toda esta colonia brillaba en la ciudad: paseando en coche con frecuencia, asistiendo a los bailes de sociedad, en los que había cuadrillas y gran marcha, y tomando parte en las fiestas del carnaval, que fueron tan rumbosas y animadas en aquellos principios de siglo. El mayor de los hermanos May tenía un hijo llamado René, que parecía un Príncipe de Gales, o de Asturias, cuando menos.

Y Hermosillo contaba con varias boticas, entre las que se distinguían: la “Mexicana”, de don Benito Suárez; la “Americana”, de don Luis Espinosa de los Monteros; y la “Alemana”, de don Jesús María Avila. Tuvo tendajones que se hicieron famosos: como el de Luis Encinas, donde a veces se regalaba la copa; y el de don Tirso Gámez, porque vendía mucho. Ambos adquirieron prestigio, sobre todo, porque se sostuvieron a despecho de la competencia de los chinos, quienes ya comenzaban a controlar todo el comercio al menudeo. Los chinos habían hecho quebrar a “La Cozalteca”, fundando ahí mismo “El Correo de Ultramar”. Ya habían acaparado las za-

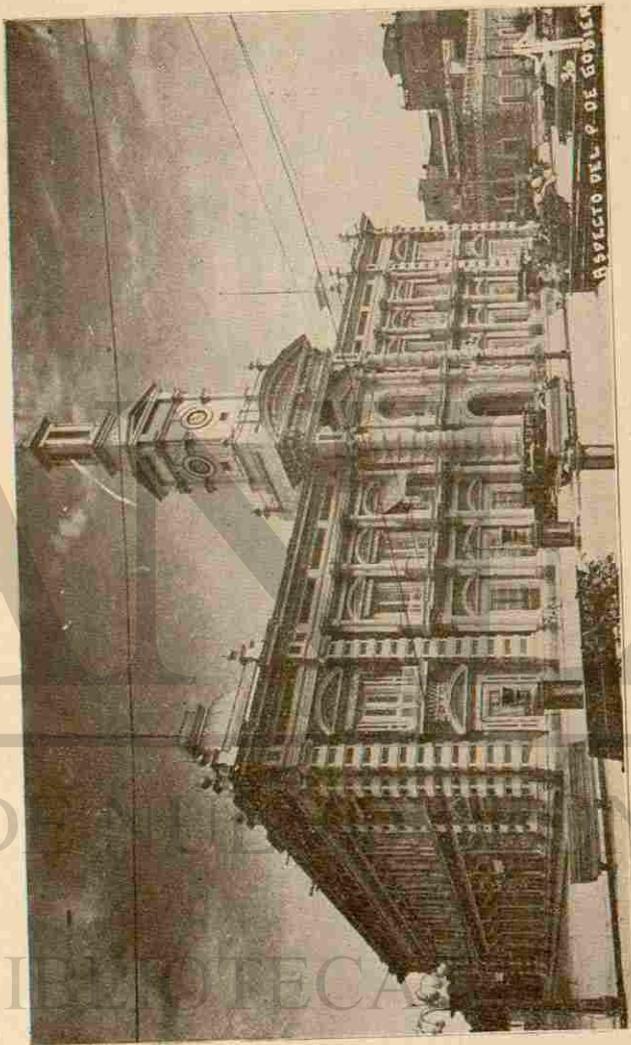
paterías, vendiendo muchos pares de calzado entre las familias pobres y de la clase media, a un peso setenta y cinco centavos (catorce reales) cada par. Quon Fo Long y Compañía, "La Mariposa", Juan Lung Tain, etcétera, tomaban cada día mejores posiciones para dominar totalmente — como lo hicieron después — el comercio de abarrotes de Sonora. (1)

Y entre las dulcerías había competencia amistosa: por una parte don Félix Tonella y por la otra don Juan Truqui. Los dos vinieron de Italia. Truqui trajo a Sonora al famoso Arquímedes Fantuzzi, quien lo dejó en la ruina. Fantuzzi era hábil para servir banquetes y pronto se dió a querer de la "élite" hermosillense. Hasta llegó a figurar en la letra de una parodia musical:

"Arquímedes Fantuzzi, Paredes y Mazón fueron ajusticiados por la Constitución".

Dichoso el Hermosillo de entonces, en que se practicaba "el respeto al derecho ajeno..." tanto o mejor que en Estados Unidos. En las puertas de las casas se dejaban los canastos y los botes, para que panaderos y lecheros depositaran en la madrugada la ración del día. Y a propósito de panaderos: ¿quién no recuerda a Becerril, introductor del pan birote?; y a don Manuel Rosas, el creador del pan "Virginia"?

(1).—Esto costó a los chinos, años después, ser expulsados totalmente de Sonora.



El histórico palacio de Gobierno, de Hermosillo, Sonora.

gana". Siempre tenían que hacer las dos mejores orquestas de la ciudad: la de Arriola y la de Campodónico.

Don Antonio Arriola era hermano de don Guillermo.

¿Qué importancia tenía don Guillermo? Casi nada: fue varias veces Presidente Municipal de Hermosillo, en los tiempos en que el género Aguilar era Prefecto. Don Antonio Arriola tenía su orquesta, que dirigía desde su violín. Buen músico don Antonio, era, además, prestigiado Juez de Paz. Se hizo tan popular que aún cuando no fuese su orquesta la de turno, en los toros o en el beisbol, los de Sol pedían siempre:

—¡Toca, Arriola!

El otro director, Rodolfo Campodónico, es el héroe de esta narración y sobre él se dirán muchas cosas. Lo merece. Fue un hombre de bien, gran artista y buen amigo. Su popularidad se extendió por Sonora y Sinaloa y es actualmente un prestigio nacional. Además de dirigir su orquesta —de diez profesores— Campodónico componía dulces melodías. Sus danzas y sus valsos han traspasado las fronteras patrias, dándole merecida fama en varios países.

¿De dónde vino? ¿Dónde nació? Hay que seguir, lector.

Este libro es propiedad de la

BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO

La persona que lo posea sin permiso del Gobierno
comerciar con él, será penada por los Tribunales.

— VI —

Es curiosa la vida provinciana en la frontera. Hasta 1910 hubo una división tan fragmentada de la sociedad, que ya no solamente se hablaba de pobres y ricos. Había familias de primera, segunda y tercera. Las ultra-refinadas se llamaban de "púlman". ¡Qué esperanzas que las de una clase se mezclaran con las de otra! Lo más notable es que la diferenciación partía, no de los recursos materiales de cada familia, sino del nombre, del preten-

dido abolengo. Había gentes de primera que se morían de hambre, antes que trabajar en oficios corrientes. Sus hijos tenían que ser abogados, médicos o banqueros. Se enguantaban las manos a pesar del calor y se cuidaban escrupulosamente las uñas. Muchas familias de primera y de "púlman" tuvieron que salir a Estados Unidos en la época de la revolución, y como allá el que no trabaja no come, se vieron en la necesidad de desempeñar las funciones más elementales en lavanderías y restaurantes. A pesar de que perdieron el brillo de las uñas, los gomosos de Sonora siguieron soñando en privilegios y distinciones, allá en Los Angeles, la ciudad más mexicana de California.

Durante la dictadura porfiriana la diferenciación de clases era tan marcada, que el paso de una categoría a otra tardaba en realizarse varios años. Había desde luego ricachones a quienes nada importaba que los considerasen de segunda o de cuarta, si con su dinero eran bien atendidos hasta por la gente de "púlman"; pero un hombre laborioso, aún cuando llegase a percibir considerable soldada, tenía que permanecer abajo, sin que se tomaran en cuenta su conducta ni su cultura. ¡Había cada sopenco en la "jailáif"! Hasta para circular en los parques se practicaba la división: en un carril transitaban los principales y por el otro los desheredados.

Las diferencias de clases sólo se olvidaban a la hora de las parrandas. Cuando, después de una succulenta comida en casa del "Tamazula", rociada

con vinos importados, el aristócrata se iba a la calle de Chihuahua, la vida se volvía distinta. De tú le hablaban el cochero, la celestina, el bolero, la pupila, la que servía las copas y todo el que fuera llegando por ahí. Si después de la borrachera diurna se animaba a "sacar la música", todos los filarmónicos eran sus amigos íntimos:

—Oye, "Champ", vamos a llevar serenata a mi muchacha.

E iban. Mientras el grupo de tipitos seguía libando coñac o buen mezcal, la orquesta plañía los valeses de moda, las últimas danzas románticas, los más gustados chótis. A veces se oía una petición:

—Oiga, máistro. Tóqueme "Recuerdo", con introducción de "Amor Imposible".

Y el ronco violoncelo, aprovechándose del silencio nocturno, se ponía a llorar las notas de Enrique Navarro, el compositor más panzón que produjo Sinaloa.

Perdidas las distancias sociales en noches de serenata, los músicos más populares de Hermosillo adquirieron la cotumbre de tutear hasta a los hombres más "encopetados" de la ciudad. Campodónico no trataba de usted ni al gobernador. Era bien recibido en todas partes e iba con su sonrisa, diciendo gracejadas en todos los círculos. Lo querían lo mismo las gentes de escritorio, que de mostrador, que de pescante.

A pesar de la obligación que tenía de trasnochar continuamente, jamás probó una copa de licor. "Champ" era abstemio por temperamento,

quizás no por virtud. Sus vicios capitales eran el cigarro y el café. Fumaba cigarrillos de torcer, como los "México y España", de Mazatlán, y bebía en grandes tazas el café negro, sobre todo cuando tenía preocupaciones o estimulaba su inspiración para parir un vals.

Como Díaz Mirón en su poesía: "hay plumajes..." el maestro Campodónico no se manchaba al contacto de las gentes de parranda, cualesquiera que fuesen los sitios frecuentados. Al otro día se presentaba como un caballero y era efusivamente recibido dondequiera. Por la pureza de su vida y el afán que puso en dignificar a los suyos, el buen Rodolfo formó un hogar dichoso, bien considerado en Hermosillo. Su familia figuró entre las de primera y tuvo siempre buenas relaciones en la ciudad de los naranjos.

"Champ" ganó dinero suficiente para dar a sus hijos comodidades y educación. Se afanó por ellos y triunfó en su empeño.

En cada ciudad mexicana se populariza un sitio de predilección. No es buen hermosillense quien no estima su alameda. El parque "Francisco I. Madero" tiene atractivos suficientes para gustar. Por sus callejuelas han discurrido bellas mujeres. Muchos jóvenes románticos despetalaron ahí los girasoles, inquiriendo el sí o el nó de sus afanes. Sus añosos naranjos dan los azahares, cuyo perfume dispersa un aire suave y después la fruta, que

no es pecado cortar a discreción. Su calzada de palmas datileras parece ribereña del Nilo y también es dadivosa. Sus fuentes de agua clara, donde se retratan el cielo azul y las nubes viajeras; todo ello y el ambiente acogedor, han hecho de este parque el rincón más placentero de Hermosillo.

En las tardes de concierto dominical, la orquesta plañía junto a la fuente de la entrada o en un kiosko de ladrillo, que se construyó en el cruce de dos calles importantes. Campodónico dirigía ahí —el cornetín a guisa de batuta— las piezas más en boga, intercalando los vales que él mismo componía y que tanta fama le dieron en el noroeste. Siempre alegre y jovial, saludaba a todo el mundo con su eterna sonrisa. Le tenían admiración y cariño gentes de muy diversa condición: los capitalistas o “lobos gordos”, los dependientes de comercio, los obreros, las “sirvientas” de casas ricas.

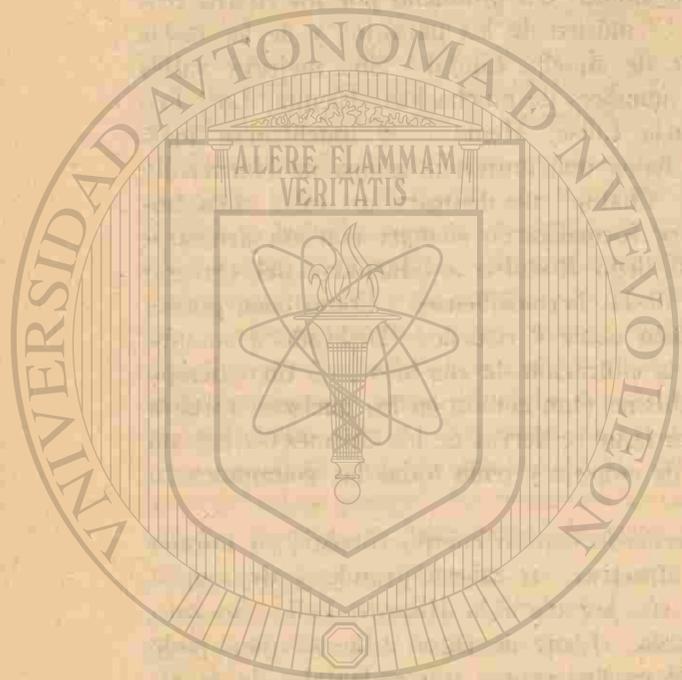
La orquesta de “Champ” se componía de diez competentes filarmónicos y el “cita”. (1) El compositor famoso tocaba habitualmente el cornetín; pero sabía hacerlo en todos los instrumentos. Desde niño se aficionó a la música y tenía vocación por ella. Comenzó tocando el triángulo, después aprendió el flautín y así sucesivamente fue estudiando flauta y clarinete, pistón y barítono, chelo y contrabajo. Era gordo y bonachón. Afable y dicharachero. Repetía los mejores chascarrillos de ac-

(1).—El “cita” es un muchacho importante. Sirve para armar los atriles, cambiar los papeles y se encarga de citar a los músicos cuando hay trabajo urgente.

tualidad o los improvisaba con gracia y donaire.

Campodónico era pitiqueño por los cuatro costados. El músico de los naranjos y de las bellas señoritas de aquella capital. Sus mejores vales llevaban nombres de muchachas: Elenita, Luz, Lolita, María Luisa, Mema... y muchísimos más. Casi no había una mujercita guapa de Hermosillo a quien “Champ” no dedicara un vals. Los noviazgos se formalizaron siempre con esa dedicatoria. Así llegó Rodolfo a adueñarse del corazón de los y de las hermosillenses. Como buen gordo, era también noble y risueño. Dedicado a su música y a la educación de sus hijos, no tuvo tiempo para el chisme (tan común en los pueblos) ni para la política (que se deriva de los chismes). Era un burgués de empuje y tenía todas las voluntades en su favor.

Lo recuerdo con su cuerpo robusto, su mirada clara y atractiva, su cabeza grande y de amplia frente y sus bigotes a la Ricardo Bell. Su cara era colorada. Lleno de vigor y de energías, pude observarlo en dos épocas trascendentales de su vida: a raíz de haber escrito el “Club Verde” y en los días gloriosos de la revolución constitucionalista —1913— cuando Carranza llegó a Hermosillo. Y esta pequeña biografía de “Champ” se ha de referir con mayor extensión a esas dos etapas de su existencia fecunda.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

U A N L

— VIII —

De acuerdo con el certificado que tengo ante mi vista, suscrito por el presbítero don Martín Portela, Vicario General de la Diócesis de Sonora y Cura encargado del Sagrario Diocesano: marcado en el libro de bautismos con el número 8, que empieza el día 15 de febrero de 1865, en la página 223, a la vuelta, se encuentra una partida del tenor siguiente:

"Al margen —565— RODOLFO VICTOR

MANUEL PIO CAMPODONICO. Dentro lo que sigue:

“En la Iglesia Parroquial de Hermosillo —Sonora— a los veinticuatro días del mes de julio de mil ochocientos sesenta y seis, yo el Cura y Vicario Foráneo licenciado don Florencio Molina, bauticé solemnemente y puse los Santos Oleos y Crisma a un niño nacido el día tres del mes actual y año, a quien puse por nombre RODOLFO VICTOR MANUEL PIO: hijo legítimo de Juan Campodónico y de María de los Dolores Morales. Fueron sus padrinos José López y María Ignacia Irigollen, a quienes advertí su parentesco espiritual y demás obligaciones. Y para constancia lo firmé. Lic. Florencio Medina.—Una rúbrica.

Concuerda fiel y legalmente con el original a que nos referimos y que obra en este archivo Parroquial de nuestro cargo, y, para los fines que convengan... etc”.

Del certificado anterior se desprenden los siguientes datos:

Nació el 3 de julio de 1866.

Era hijo legítimo de don Juan Campodónico y de doña María de los Dolores Morales.

Como descendía de un italiano, además de RODOLFO se llamó Víctor Manuel y Pío (rey y papa).

Lo llevaron a bautizar don José López y doña María Ignacia Irigollen (con elle).

De acuerdo con los datos proporcionados por José Márquez, de 97 años de edad, residente en

Guaymas, don Juan Campodónico era de la provincia de Génova y parece que antes de venir al puerto sonorensé, había pasado unos meses en Estados Unidos. Eso sí, don Juan era, como su colega el de Mañara, un joven apuesto, de veinte a veintitrés años de edad, de carácter afable y de muy buen trato, que pronto se hizo popular y simpático a todos. Llegó a Guaymas allá por el sesenta, cuando no había tantos requisitos de migración para entrar al país.

Don Juan Campodónico era hábil y diestro para tocar hasta tres instrumentos a la vez, metiendo mucho ruido con ellos aún cuando producía una música acompañada y agradable. Cuentan que con sus notas don Juan ponía de buen humor a sus oyentes y hasta reanimaba a los enfermos que le escuchaban. Sus instrumentos consistían: en una flauta múltiple, como la que usara el Dios Pan y a la cual don Juan llamaba “la flauta mágica” (era de carrizos delgados y se la amarraba al cuello, para sonarla sin necesidad de las manos). El segundo era una guitarra grande, de muchas cuerdas. El tercero un tamborcillo que tocaba con el codo del brazo izquierdo, ya que las dos manos se ocupaban en tocar la guitarra. Seguramente que don Juan usaba también una pluma en el sombrero.

Tan pronto como Campodónico —el viejo— fue conocido en Guaymas, su música se popularizó y fue llamado “el hombre orquesta”. Daba audiciones a domicilio —de paga, se entiende— y cuando reunió los recursos necesarios, se dió maña para

organizar una corporación musical que tuvo gran éxito en audiciones públicas y privadas.

Ya con fama y algún dinero, don Juan se pasó a Hermosillo, donde vivió mucho tiempo y formó una buena banda de música, en la época en que era gobernador de Sonora el general don Ignacio Pesqueira, quien estimó y protegió al pintoresco genovés. Don Juan fue muy estimado por la sociedad hermosillense y se labró una brillante situación en su seno.

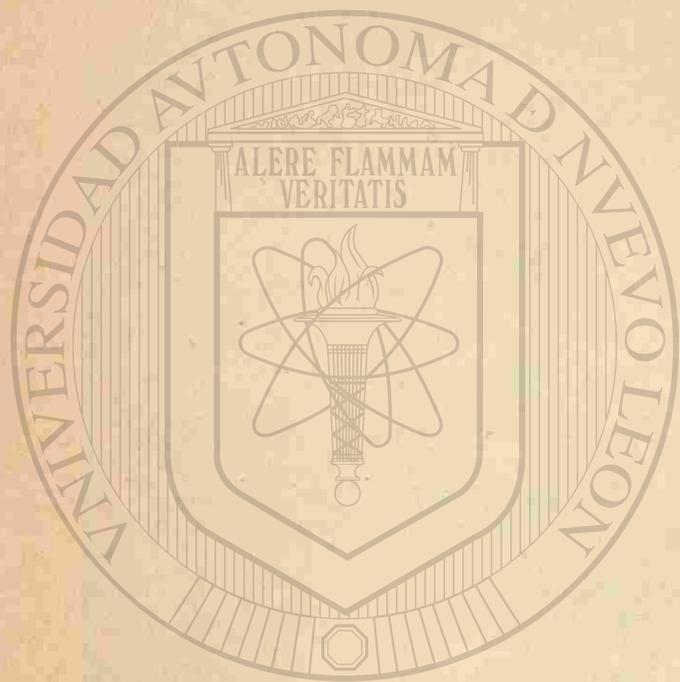
Campodónico —el viejo— contrajo matrimonio con una señorita de Oposura (Moctezuma) y de ese matrimonio hubo tres hijos: dos mujeres y un hombre. El hijo varón se llamó —eso ya lo sabemos— Rodolfo y se hizo más notable y más célebre que su papá.

Las hijas crecieron en Hermosillo: una se casó con el licenciado Manuel R. Parada —hombre probo y raro— y la otra con un celador de la Gendarmería Fiscal.

Con el cambio de la política en Sonora, don Juan quedó postergado y cuando regresó a Guaymas la emprendió en el trabajo agrícola, en una posesión que se llama “El Valiente” y que dista cuatro leguas del puerto, sobre el camino de Hermosillo. No dejó por eso de ejercer su profesión de músico. Otro de los grandes amigos que tuvo don Juan Campodónico, atraído por su música, fue el famoso general José Guillermo Carbó, quien había figurado tanto en las campañas del Yaqui.



Don Juan Campodónico, cuando cumplió los sesenta.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

U A N L

— IX —

Campodónico —el viejo— había recorrido el estado de Sonora antes de llegar a Guaymas. Vivió después en el puerto y luego en la capital. En Pític nació Rodolfo: casa de doña Elena Quiroga, calle de Yañez (llamada antiguamente y por mal nombre "calle del piojo").

Rodolfo estudió hasta el sexto año, en varias escuelas primarias y superiores: las de Quirino Rosas, Ramona Osuna y la de Lafontaine, todas de

Guaymas. Se sabe que a los cinco años comenzó a tocar el triángulo y a los siete el cornetín, instrumento este último que fue su preferido. Sus primeras composiciones las hizo a los once años.

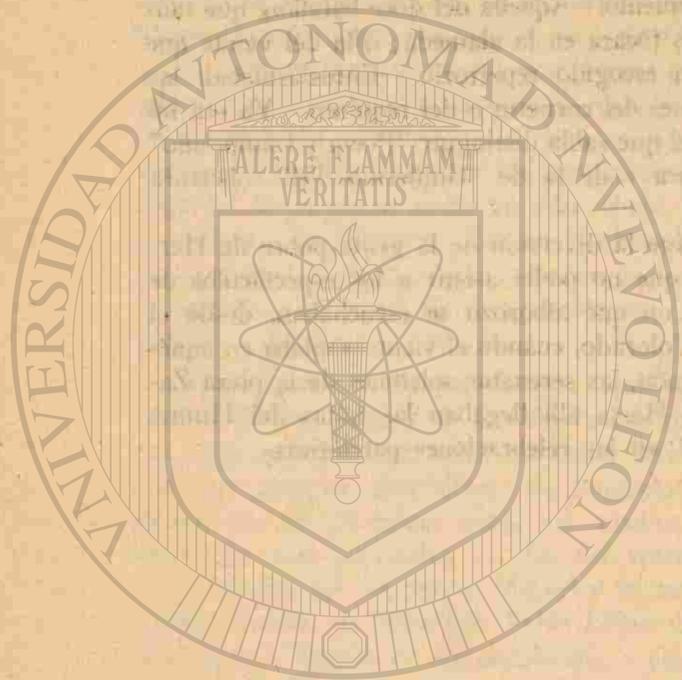
Su cultura musical no era muy vasta; pero poseía el don divino de la inspiración, venido de Italia a través del gran viejo don Juan. La primera vez que oí tocar a Rodolfo, fue precisamente en la orquesta de su padre, quien ya sólo sonaba la flauta mágica y la guitarra. Era en la alameda, bajo las opulentas "piochas" que rodeaban la fuente de la entrada. Orquesta de diez profesores. Mucho público. Aplausos a cada final.

¡Qué lejanos están los tiempos aquellos de la música de don Juan y de la niñez inexperta! En esa edad se admiraba todo: las calles de Hermosillo, que parecían anchísimas; las banquetas de cemento que se antojaban altas; los caballos de los carruajes, sólo superados por los del volantín; el circo Atayde, con su payaso Miguel y su aeronauta Cosme Acosta; al licenciado Taide López del Castillo, porque llegaba de Aguascalientes y era calvo; a los tipos de moda, porque usaban calcetines de seda y zapatos de charol; y hasta a las meretrices de la calle de Chihuahua, que vivían en la opulencia y se quemaban con petróleo, cuando se cansaban de la vida, para purificarse.

Muchos tenían como el mayor deleite pasar las horas de pie ante los músicos, oyendo las nostálgicas piezas de moda, sobre todo si se trataba de un vals de Campodónico o de Walteufel. ¡Ah! y

oír la banda militar, ¡el colmo de la diversión! Ya una banda con más de veinte músicos valía por un acontecimiento. Aquella del doce batallón, que tantas veces tocara en la alameda; o la del veinte que traía tan escogido repertorio. Entusiasmaban las variaciones del cornetín o del requinto. Ya era un erudito el que sabía distinguir "Poeta y Campesino" —obertura— de la de "Guillermo Tell", obertura también.

Así fue la diversión de la gente pobre de Hermosillo, que no podía asistir a los espectáculos de paga. Con qué alborozo se escuchaban, desde el Puente Colorado, cuando el viento soplaba en aquella dirección, las serenatas solemnes de la plaza Zaragoza. Hasta allí llegaban las notas del Himno Nacional, en las celebraciones patrióticas.



UANI

— X —

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Como descendía directamente de un europeo, "Champ" no era un hombre dilapidador. Al contrario. El dinero le costaba sus esfuerzos y había que aprovecharlo bien. Vendía sus vales a como cayera el marchante, siempre que la suma no fuese despreciable y hasta algunas veces los compuso por pura simpatía. Pero además de fama, le daban dinero. Por eso su familia vivía bien. Paseaba en coche. Iba al teatro. Con sus aho-



rros compró varias casas y habitó siempre en mansión espaciosa y cómoda. No solamente porque tuvo muchos hijos, sino porque acogía en su hogar a los parientes, su casa tuvo por fuerza que ser grande. Grande la mesa. Espaciosos los corredores, para que cupieran muchos catres de tijera.

Entonces era barata la vida hermosillense; pero la moneda escaseaba mucho. Un dependiente que ganaba cincuenta pesos al mes, se "daba taco". Había coches de a seis reales o un peso la hora; la comida mejor valía un tostón y las sandías de más volumen no pasaban de costar quince centavos. Tiempos remotos en que un ciento de naranjas valía diez centavos y los buenos albañiles no pasaron de ganar catorce reales por trabajar de sol a sol.

Campodónico era escrupuloso en su vestido. Por exigencias profesionales y del medio en que se movía, necesitaba estar siempre bien presentado. Lo vestían los mejores sastres, entre quienes figuraron Gamboa y Romandía. Eran los tiempos del casimir francés, de los pantalones bombachos y de los largos sacos amplísimos, en los cuales podía uno envolverse y caían hasta la rodilla. La moda venía de Tucson o cuando más de California. Casi toda la ropa era ridícula y sentaba mal. Todavía había mujeres que llevaban polizón y se peinaban estrambóticamente, colocando entre sus cabellos el abultador.

A la salida de misa de once en la Parroquia, la plaza de armas estaba llena de jóvenes en espera de novias o presuntas. A los que todavía no llegaban

a figuras, se les llamaba "dedicados". Después del acto religioso seguía la fiesta pagana. El deambular alrededor de la plaza, mientras la orquesta de "Champ" desgranaba sus melodías. De cuando en cuando unos jóvenes-bien iban a pedir al director que tocara "Blanca" o "Mi Güerita". A despecho del padre sol, que brillaba con fuerza y del calor sofocante, el paseo de la plaza era animadísimo, aun cuando se gastaran muchos pañuelos en secarse el sudor, al seguir a las muchachas. El mediodía y la noche eran de la plaza Zaragoza; pero la tarde pertenecía a la alameda.

¡Qué bellas las post-tardes de Hermosillo! Hay meses del año en que parece que el sol ya se ha sumergido en el Mar Bermejo, cuando inesperadamente, el cielo, el cerro de la Campana y todas las cosas se tiñen de un color rosa. Llega la sobretarde. Es la continuación, la coda, del crepúsculo esplendoroso. Las caras de las jóvenes toman un tinte que les viene muy bien. Y así, durante un espacio de más tiempo, se prolonga el sortilegio de la tarde. Como si el sol, al introducirse en el Golfo de Cortés, despidiera desde el mar sus últimos reflejos hacia el cielo hermosillense y éste los mandara a la ciudad como un presente postrero o como el adiós del día. No conozco otra ciudad, donde la tarde tenga una prolongación tan bella como ésta de Hermosillo, que propicia el triunfo de la naturaleza y el amor al prójimo. El hombre se reconcilia con la vida y se duele de no ser artista para exaltar en colores, ritmos o rimas, los incendios del sol pitiqueño.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y ARCHIVO

U A N L

— XI —

¿Cuántos valses compondría Campodónico? Con seguridad mucho más de mil, porque el total de sus obras musicales llega a dos mil quinientas, y su forma favorita de expresión era el vals. En el norte de México, y casi estoy por decir que en todo el país, no había valsistas como Rodolfo y el maestro Alberto Alvarado, el de Durango. Entre ambos está el primer lugar en los valsistas de nuestro



país. (1) Si "Champ" puede presentar a concurso piezas como "Emilia" y "Club Verde", Alvarado—el de Durango— tiene joyas tan preciadas como "Recuerdo" y "Río Rosa". Al mismo tiempo que estos dos grandes maestros, en Sinaloa hubo dos Enriques, famosos por las composiciones que produjeron. El uno se llamaba Enrique Mora. El otro era Enrique Navarro —autor del chotis "Amor Imposible"— tan gordo como Anguiano y buen violinista. Cuando se inauguraron las mejoras materiales del Teatro Noriega, de Hermosillo, con la zarzuela del género grande de doña "María Villaseñor de Herrera Moro", una silla de la orquesta no pudo resistir el peso de Navarro y se rompió estrepitosamente. Para que continuara el espectáculo, hubo que conceder al notable y corpulento músico dos sillas, que apenas pudieron con los ciento cuarenta kilos del inspirado violinista.

Las piezas de música que comenzaron a dar popularidad a Campodónico, fueron: "Herminia", "Yo te amo", "Lágrimas de amor", "Luz", "Margot" y "Mi Güerita"; pero sin lugar a duda la que más fama le dió fue "Club Verde". Sobre este inspirado vals tratarán capítulos siguientes. Casi todas las obras de Rodolfo llevan nombre de mujer y fueron pagadas por los galanes más enamorados. He aquí otras de las que gustaron mucho: "Amando", "Laura", "Lolita", "Elenita", "Catalina", "Eva", "Natalia", "En tu día", "Amalia",

(1).—Posterior a Juventino Rosas, se entiende. El autor de "Sobre las Olas" pertenece a una generación anterior.

"Siempre tú", "La Nómina", "Rafaelita", "Blanca", "Recuerdos a Virginia", "Lupe", "Carmela", "Viva Maytorena", "Adelina", el "Himno Constitucionalista", "Mema" y una infinidad de evocadoras composiciones, cuyo estilo es fácil de reconocer. Como era un músico de personalidad bien clara, en seguida podía decirse que una obra era de "Champ". Siempre fueron sus tríos de lo más inspirado. Su música llenaba los programas de los bailes o se tocaba en noches de serenata, como el obsequio más grato a los oídos amados. Música de Rodolfo y tonada hermosillense, eran una misma cosa. Melodías que trascendían a azahar. Aires del noroeste que traducían la orquesta, para gustar sobre todo en Sonora y Sinaloa.

De las composiciones que recuerdo, producto de la fértil inspiración de "Champ", aparte del "Club Verde" me subyugan: "Mi Güerita", "En tu día", "Blanca", "Elenita" y "Emilia". Otros preferirán "Lolita" o "María Luisa" sobre todas estas piezas. Ordenando mis recuerdos, las primeras son las que me parecen más sentidas y de un ritmo más hermosillense.

Prodigioso y envidiable don, el del artista que supo plasmar en la melodía de sus composiciones el alma entera de Sonora. Rara virtud del genio, que descendía de Italia y se formó en el ambiente romántico de Hermosillo, junto al río rumoroso, aspirando el perfume de los azahares y contemplando los rostros atractivos de tantas mujeres bellas que son la gloria de Pític.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— XII —

El "Club Verde" fue dedicado por Campodónico al Club "García Morales", que tenía en su distintivo el color verde. Eso sucedió en el año de 1901. Contra la candidatura oficial o de imposición, que sostenía Izábal a favor de don Filomeno Loaiza, para la Presidencia Municipal de Hermosillo, los independientes lanzaron la de don Dionisio González y la sostuvieron con el "Club Verde". Y —cosa curiosa— el rojo era el color del mal gobierno.

Se interesó tanto la gente con aquella campaña electoral, que hasta las mujeres se dividieron. Las partidarias del club colorado, llevaron este color en los tacones de sus zapatos y sus adversarias usaron el verde.

La candidatura de don Dionisio González, que sostenía la oposición, se consideraba como el primer paso contra los viejos impositores. Se llevaba adelante contra el triunvirato "Corral-Torres-Izábal", que fue omnímodo en Sonora. Naturalmente que el gobierno hizo cuanto estuvo de su parte para acabar con aquel brote de independencia, al que tachó de demagógico y corruptor. Como todavía estaba lejos la revolución, triunfó por la fuerza el partido rojo. Pero Izábal sacó algo de la lucha: una bofetada en pleno rostro, que le dió el candidato González, quien incrustó la piedra de su anillo en la faz rechoncha del bien nutrido gobernador. Con tales antecedentes, don Dionisio se perfilaba ya como futuro candidato al gobierno y eso hacía que el trío del poder lo combatiera con más saña.

La lucha electoral de 1901, que dejó como producto perdurable el "Club Verde", apasionó hasta a los niños que asistían a la escuela. Bastaba que alguno de ellos silbara los primeros compases del bello vals, para que los gendarmes corrieran en su persecución. Precisamente porque desde un principio se prohibió esta pieza, adquirió desde luego gran popularidad. Siempre gusta más lo vedado. Ya sabemos que en Estados Unidos fue la "Ley Vols-

tead" culpable de la propagación del alcoholismo. Desde que nuestros primos fueron secos, se extendió tanto el uso de excitantes entre ellos, que hasta las mujeres tienen a orgullo embriagarse en público.

Por ser una pieza prohibida y por su belleza intrínseca, el "Club Verde" salió de Sonora con gran prestigio, a difundirse en toda la República y en el Sur de Estados Unidos.

Alguno de los incipientes poetas de Sonora escribió letra para el "Club Verde", pero esas palabras no se difundieron mucho, seguramente porque no valían, ni tuvieron sonoridad para hacerse pegajosas. Del célebre vals triunfaba la música, que es bellísima en todas sus partes, especialmente en el "trío", pleno de cadencias y romanticismo. El "Club Verde" se conoció en el extranjero y se toca en toda la América y Europa. Es ya una composición clásica. Bastaría a Campodónico haber escrito únicamente ese vals, para ser conocido en todo el mundo. Pero hay otras piezas musicales suyas que también triunfaron y entre ellas habrá que colocar "El primer beso", que sedujo a las juventudes de principios de este siglo.

Es más notable el esfuerzo de Campodónico para triunfar como artista, porque el territorio de Sonora no presenta ambiente propicio a esta clase de manifestaciones. Poetas aislados, escritores de poca monta, ni un solo pintor. Sonora ha dado más generales que músicos de orquesta. Ha producido presidentes de la república; pero no historiadores de fuste o filósofos de enjundia. Tuvo a

fines del siglo diecinueve un poeta, a quien sus contemporáneos conceden inspiración y genio: Enrique Quijada. La verdad es que el prestigio de este escritor ureense, no salió de la provincia. Después ha tenido al bardo guaymense Alfonso Iberri; al escritor y poeta revolucionario —nacido en La Colorada— Julián S. González (Q.E.P.D.) y al vate del Golfo de California Leopoldo Ramos. (1) Entre los poetas de Sonora, seguramente que Ramos ocupa el primer lugar y su prestigio se reconoce en todo el país y hasta en las naciones hispano-americanas más alejadas de nosotros, como la Argentina. Ramos tiene juventud y le está reservado un porvenir brillante en la lírica continental.

Músicos de fama no hemos tenido en Sonora. Campodónico es el único cuya celebridad traspasó las fronteras de la patria. Sin una gran cultura musical, era un inspirado que interpretó en dulces melodías el espíritu del noroeste de México. Cantó a la provincia de muy diversas maneras y comprendió hondamente las bellezas de aquella tierra hostil. Sonora es un desierto, poblado de sahuaros y chollas, con valles fértiles que son como oasis. Sus ríos fecundizan las vegas y las tierras más próximas, formando verdaderos verduzales, que recuerdan la acción del Nilo en Egipto. Río Mayo pródigo en garbanzo, frijol, chícharo y maíz. Padre Río Yaqui, que antes de desembocar describe curvas en una zona paralela a la cos-

(1).—Dediquemos un recuerdo a Luis Carmelo, poeta de inspirados chispazos, muerto en plena juventud.

ta, para regar más tierra y da trigo y arroz y legumbres. Río de Sonora, que se pierde en las arenas del Golfo de Cortés: sus terrenos de La Costa son ricos en humus y dan trigo y frijol en exuberancia. Río de Magdalena, Río Asunción... Pero, en general, la tierra es árida con muy deficiente precipitación pluvial y en zonas extensas sólo prosperan el mezquite, el palo de fierro, el palo verde y la vinorama.

La hostilidad de la tierra volvió rudos y valientes a nuestros indios y nos ha dado rancheros sobrios y fuertes. Por eso es que Sonora produjo tanto soldado para la revolución.

No teníamos artistas. Campodónico vino a pagar el tributo musical que Sonora debía a la República. Primero fueron sus valeses, con el "Club Verde" a la cabeza; luego su marcha revolucionaria "Viva Maytorena" y al fin su "Himno Constitucionalista".

La política no lo jaló, afortunadamente. Fue amigo de los hombres de la dictadura, porque le pagaban bien. Se hizo al "Club Verde" por su parentesco con el licenciado Parada, a quien quería y respetaba. En los días de lucha del famoso Club, aun cuando don Dionisio González figuraba como candidato, los hombres que dirigían la campaña independiente eran: el licenciado Parada y el abogado Antonio Sarabia.

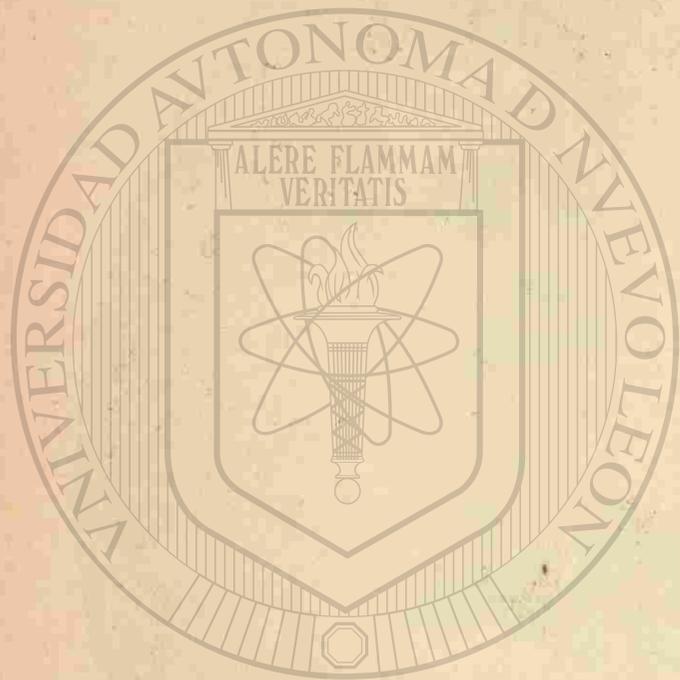
Los hombres que apoyaron a don Dionisio al nacer el célebre club, no todos eran revolucionarios. Muchos ricos —tipitos locales— ingresaron al "Gar-

cia-Morales" por "pose", por snobismo. Eran hombres de sociedad, de la "*jeuneusse dorée*"; que no buscaban sino el exhibicionismo. Cuando vino la verdadera revolución y hubo que apoyar a Madero, muy pocos de aquellos resultaron hombres de convicción firme y resuelta. He aquí algunos de los que siguieron leales a los principios proclamados desde 1901; Eduardo y Adolfo Ruiz, los hermanos Manuel, Florencio y Gustavo Padrés, Ramón P. de Negri, Carlos Plank, Roberto V. Pesqueira, Juan R. Platt, José Juan Méndez y otros que siento mucho no recordar. Todos ellos pertenecieron al "Club Verde" de 1901, que en 1913 se convirtió en verdadero Club Rojo, para luchar por las reivindicaciones populares.

El "Club Verde" es un vals tan sentido que, según me cuentan testigos de la época, sirvió para calmar los apetitos de sangre en los momentos de ira de Victoriano Huerta, el feroz dipsómano cuyos arrebatos costaron tantas vidas. Después de oír el vals sonoreño, Huerta se transformaba y podía atender con calma cualquier petición que se le hiciese. Hasta para eso sirvió — como paliativo — la hermosa música del inspirado "Champ".



Rodolfo Campodónico, a principios del Siglo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El "Club Verde" hermosillense fue el primer intento democrático en Sonora. Sus anhelos se estrellaron ante la fuerza bruta del gobierno. Todavía no se había hecho conciencia entre las masas, para sostener una lucha política que a la postre tenía que convertirse en campaña militar.

— XIII —

Entre las manifestaciones de los independientes, figuró un mítin en el Teatro Noriega, que acabó a ladrillazos. Los oradores en esa ocasión fueron

Eduardo Ruiz, Jesús Z. Moreno y otros que no pudieron hablar. El Prefecto del Distrito, a quien todo el mundo llamaba "Güero Aguilar", reclutó entre los trabajadores del municipio y borrachines presos, una numerosa "porra" que a pedradas y ladrillazos hizo huír a los "verdes" del teatro. Hubo algunos golpeados y muchas contusiones para los asistentes. Cosme Hinojosa, entre otros, fue herido en la cabeza con un pedazo de tabique.

Después del mítin, se intentó llevar por las calles una manifestación de protesta, en la cual tomaron parte los directores y los numerosos miembros del "Club Verde". A los acordes del popular vals comenzó a desfilar aquel grupo de ciudadanos, cuando se movieron en contra los "colorados", que pocos momentos antes organizaran las autoridades. El choque se produjo en seguida y hubo palos y puñetazos a discreción. Apoyados por la policía, los del Club Rojo repelieron a los "verdes", en la calle de los Naranjos y frente a la casa del candidato don Dionisio González. Al iniciarse la dispersión de sus amigos, el licenciado Manuel R. Parada abrió las puertas de su domicilio y ahí se refugiaron los "verdes". La casa de Parada se comunicaba por el interior, con el gran patio donde se guardaban los tranvías de la ciudad. Más de doscientos manifestantes penetraron al patio aquél y se disolvieron después saliendo por la calle de Chihuahua.

En esa vez los del "Club Verde" habían sido protegidos por don Manuel de Icaza, propietario

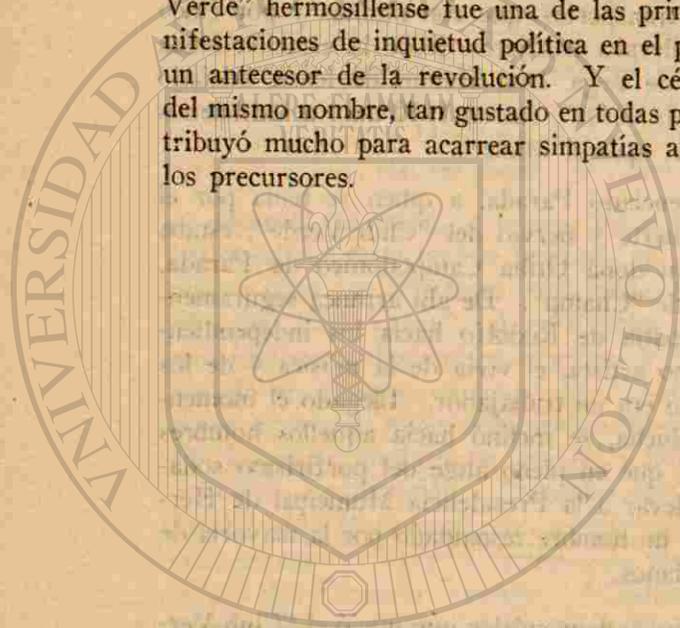
de los tranvías de Hermosillo y simpatizador de la causa independiente. Hombre de empresa y gran organizador, de Icaza era el gerente de aquella compañía de transportes, que con mulitas y por cinco centavos llevaba pasajeros desde la estación hasta la huerta de Vega. Don Manuel de Icaza, iniciado en el "Club Verde", fue en 1910 uno de los buenos amigos del apóstol Madero.

El licenciado Parada, a quien se tenía por el hombre fuerte y nervio del "Club Verde", estaba casado con doña Otilia Campodónico de Parada, hermana de "Champ". De ahí arranca seguramente la simpatía de Rodolfo hacia los independientes. Como artista, él vivía de la música y de los ricos; pero era un trabajador. Llegado el momento de la lucha, se inclinó hacia aquellos hombres de acción, que en pleno auge del porfirismo soñaron con llevar a la Presidencia Municipal de Hermosillo, a un hombre respaldado por la mayoría de los ciudadanos.

El impulso democrático que inició el "Club Verde" hubo de seguir pocos años después, cuando cundió por todo el país la candidatura del general Reyes para Presidente de la República. Los antiguos "verdes" de Hermosillo usaron entonces —en la solapa— el distintivo del clavel rojo que se hizo tan popular. El licenciado Antonio Sarabia fue uno de los líderes del movimiento reyista y por ello sufrió persecuciones. Lo mismo sucedió con el licenciado Jesús Z. Moreno, a quien le clau-

suraron un periódico muy viril, que publicaba en la capital del Estado.

Por todo lo dicho, puede concluirse que el "Club Verde" hermosillense fue una de las primeras manifestaciones de inquietud política en el país. Fue un antecesor de la revolución. Y el célebre vals del mismo nombre, tan gustado en todas partes contribuyó mucho para acarrear simpatías al color de los precursores.

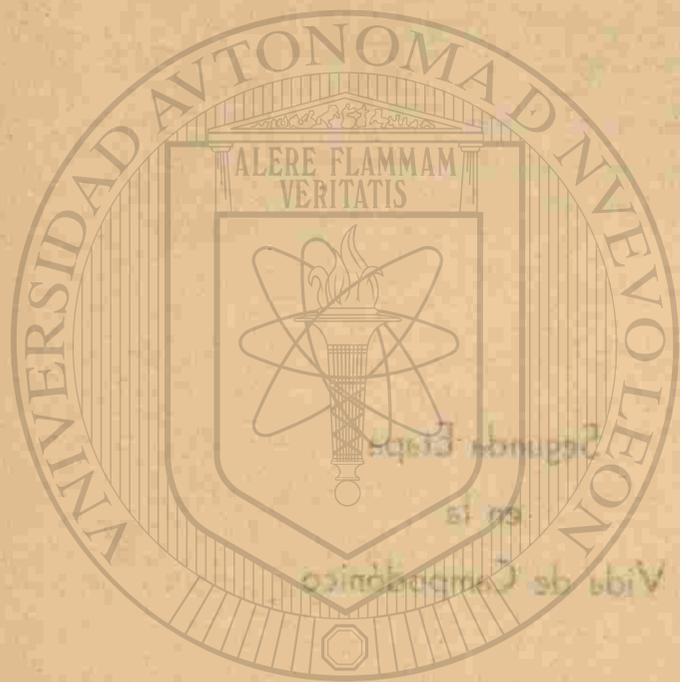


U A N L

Segunda Etapa
en la
Vida de Campodónico

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

U A N L

— XIV —

Pasaron los años y siguieron triunfando los valses de Campodónico. A principios de 1913 no solamente se habían popularizado sus piezas, sino también las de sus discípulos o imitadores. El estilo de "Champ" era indetectado en seguida. Ninguno de los buenos compositores que vinieron después, tuvo a mal que se le señalase como continuador del maestro. Y triunfaron varios, de la escuela de Rodolfo: Atanasio Castañeda, sobre todo con

"Dos almas unidas"; Rafael Jarero, con "Honor y Gloria"; y Chito Peralta con su bella "Rosalia".

Desde 1910 —año del centenario— Campodónico había fundado la banda del estado, para dar serenatas permanentes en los parques de Hermosillo. De otra suerte, se hubiera tenido que esperar, como antes, a las bandas militares dependientes del Jefe de la Zona, que con mayor frecuencia estaban en Guaymas o en alguno de los pueblos del Yaqui.

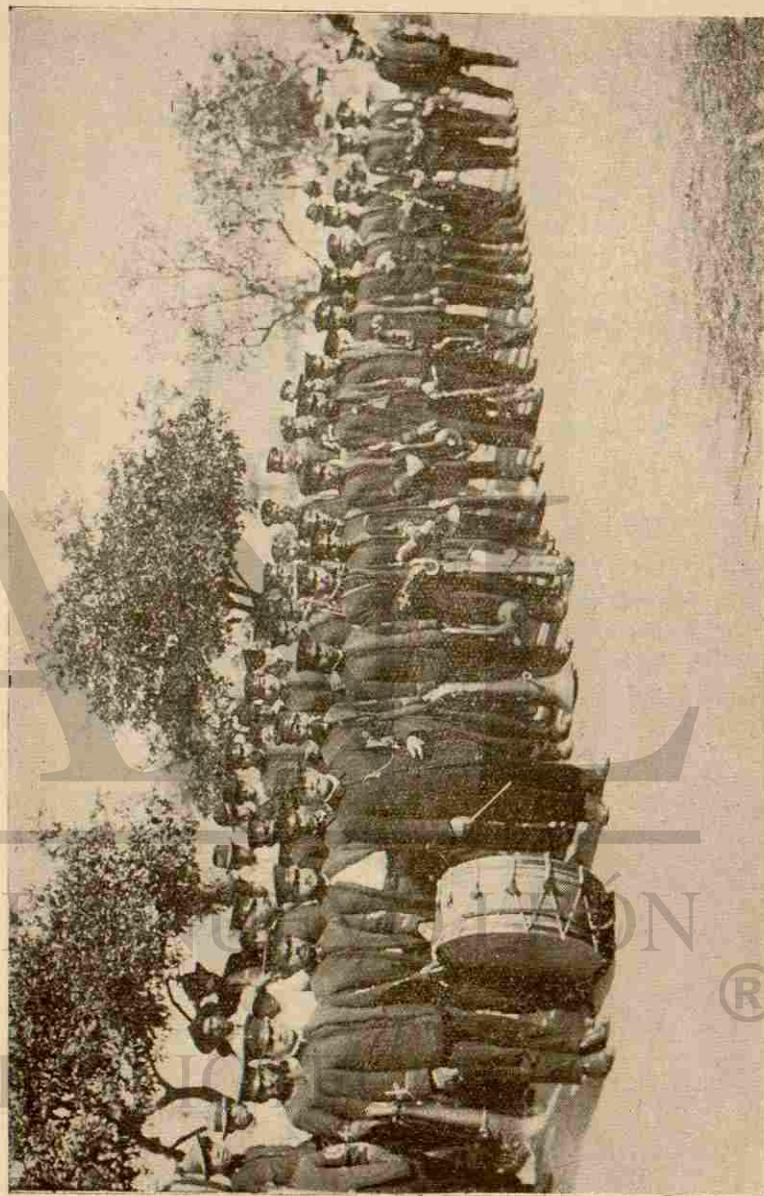
Para las serenatas en la plaza fue preferida la banda sobre la orquesta. Es que al aire libre no se oyen los violines como en salón cerrado. La gente de Hermosillo, que juzgaba como música mejor la que hacía más ruido, gustaba de las bandas que se oyesen a mayor distancia, en las noches estrelladas y silenciosas. Las corporaciones musicales valían también por el número de maestros que las integraban.

—¡Ah!, decían los aficionados empíricos. Es una banda magnífica. Figúrate que tiene como cincuenta músicos!

Así era el oído neófito de los asiduos concurrentes a las serenatas. Así éramos todos. Es la verdad.

Comenzó con algunos titubeos a dirigir la banda. Era distinto el manejo de cuarenta músicos al de diez. Puso gran empeño en la obra. Trabajó sin descanso. Y así, en pocos meses pudo presentar la banda del Estado, que desde sus primeras audiciones contó con el favor del público.

"Champ" triunfaba. En 1913 su banda era muy



La banda del Estado, bajo la dirección de "Champ".



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

popular y tocaba en las fiestas patrióticas. Sirvió para alentar a los luchadores del constitucionalismo y para tocar el Himno Nacional, al paso de don Venustiano Carranza.

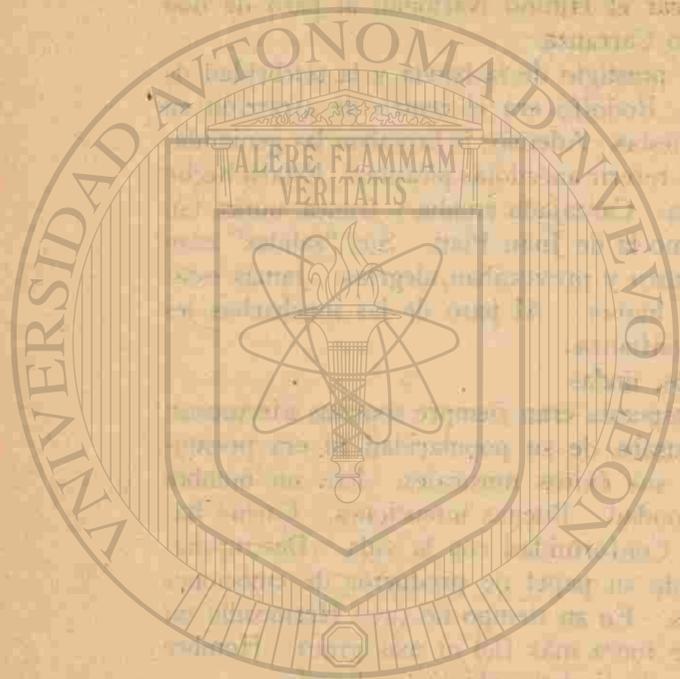
Con el prestigio de la banda y la celebridad de su música, Rodolfo era el centro de atracción en todas las fiestas. Además, le brotaban las genialidades y sabía referir anécdotas picantes. Estaba hecho para la risa. Carcajada amplia y franca, nunca tan sonora como la de Juan Platt. Sus "salidas" eran de buen gusto y provocaban alegrías. Jamás estaba de mal humor. Al paso de las muchachas les decía en confianza:

—Adiós, lindas.

Y la respuesta eran siempre sonrisas afectuosas.

No abusaba de su popularidad ni era presuntuoso con sus éxitos musicales. Era un hombre lleno de bondad. Buenas intenciones. Cariño hacia todo. Conformidad con la vida. Desempeñaba fielmente su papel de productor de emociones y regocijos. En su tiempo no tuvo Hermosillo un hijo que le fuera más fiel ni más grato. Hombre entregado a la ciudad, sabía interpretarla.

Por eso los más leales hermosillenses, siempre le hablaron de "tú" y cuando no lo llamaban Rodolfo, cariñosamente, admirativamente, le daban el título de "Champ".



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El asesinato de Madero se había conmovido con la noticia del asesinato de Madero. Se quería al apóstol en el noroeste y su muerte causó estupor primero e indignación después. De todos los rincones del Estado llegaron a Hermosillo campesinos y obreros, a pedir armas y que se les enviara al frente, para combatir a los usurpadores. En menos de dos meses, en aquella entidad no quedaron más federales que los embotellados en Guaymas.

— XV —

Sonora se había conmovido con la noticia del asesinato de Madero. Se quería al apóstol en el noroeste y su muerte causó estupor primero e indignación después. De todos los rincones del Estado llegaron a Hermosillo campesinos y obreros, a pedir armas y que se les enviara al frente, para combatir a los usurpadores. En menos de dos meses, en aquella entidad no quedaron más federales que los embotellados en Guaymas.

Respondiendo al clamor popular e interpretando el anhelo de las multitudes, en Hermosillo se escribió el himno constitucionalista. Las palabras fueron del poeta yucateco Lorenzo Rosado y la música se encomendó a Rodolfo Campodónico. Muchos ciudadanos hermosillenses, que simpatizaban con el movimiento reivindicador, ensayaron el coro y las estrofas del nuevo himno, que muy pronto se hizo popular. Empezaba así aquel canto bélico:

“Por la ley y el honor de la Patria,
mexicanos, el arma embrazad...”

En esos días “Champ” escribió también su célebre marcha “Viva Maytorena”, que muy pronto fue tocada en todas partes. Las bandas militares la ejecutaban en los campamentos. “Viva Maytorena” es la hermana mayor de “Tierra Blanca”, la popularísima pieza dedicada al inolvidable Maclovio Herrera.

En 1913 Campodónico seguía dirigiendo la banda del Estado. Era ya un hombre famoso. Sus valeses habían traspasado las fronteras de la patria y se conocían dondequiera. Sin ser un político militante, se le consideró como elemento del constitucionalismo. Los hombres de la revolución lo distinguían con su afecto. El propio Maytorena tuvo para “Champ” simpatía y deferencias.

Rodolfo continuaba produciendo valeses y dedicando sus composiciones a las muchachas de Hermosillo. Tenía un repertorio de música, de su propiedad. Había registrado su “copy-right” en Esta-

dos Unidos, y se defendía de los repertorios de la capital —¡Oh Wagner y Levien!— que tan incuamente han explotado a los músicos mexicanos. Sólo así pudo llevar su vida, sin privaciones ni miserias. Su familia vivió bien. Tuvo elementos suficientes para educar a sus hijos y hasta formó un pequeño patrimonio. Era un hombre que se preocupaba mucho por los suyos y en forma honorable los sostuvo y llegó a legarles modesta herencia.

Este libro es propiedad de la

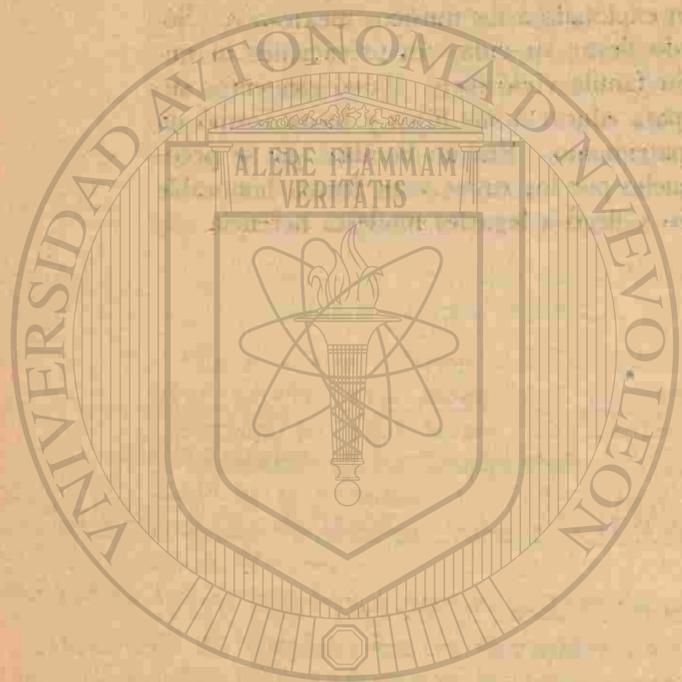
BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO

La persona que lo posea sin permiso del Gobierno
comerciar con él, será penada por los Tribunales.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— XVI —

Era agitada la vida de Hermosillo en los días del año trece. Constantemente se organizaban tropas, que salían de la ciudad disparando sus armas, en señal de regocijo. Salían para el frente llenas de entusiasmo y valor. Por eso triunfaron. Llegaban o partían diariamente políticos de diferentes regiones del país. Iban y venían los trenes cargados de provisiones y los carros fúnebres con los heridos para el hospital militar. ®

La suntuosa mansión de don Luis Torres, rodeada de un sombreado jardín, sirvió de hospital de sangre, en los días más duros de la revolución de Sonora. De los combates del Norte.—Nogales, Cananea y Naco— trajeron muchos heridos a esa casa y muchos más de las terribles batallas de Santa Rosa y Santa María.

Recién iniciado el movimiento revolucionario, en Hermosillo hubo una manifestación pública, que recorrió las calles con la banda de Campodónico y se detuvo frente al palacio de gobierno. Ahí hablaron varios oradores. De los más elocuentes fueron Juan Sánchez Azcona e Isidro Fabela. El último en hacer uso de la palabra fue el coronel Benjamín G. Hill, quien comenzó correctamente a exaltar a la revolución y sus ideales; pero movido por la cólera no resistió la tentación de terminar con frases de color subido contra Huerta y demás usurpadores. Las palabras de Hill no se pueden transcribir. No las resistiría el papel.

La lucha iniciada en Sonora, que se extendió triunfalmente a través de la República, vino a raíz de memorable sesión del Congreso Local. El cuatro de marzo los diputados de Sonora desconocieron al usurpador y designaron como gobernador interino a don Ignacio L. Pesqueira. De aquella notable Cámara, de la que todos los diputados fueron después prominentes revolucionarios, descollaron dos hombres enérgicos, a cuya voluntad y decisión se debieron los primeros pasos. Los dos han muer-



Una manifestación frente a palacio, en Hermosillo, Son.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

to y debemos recordarlos con respeto: Alberto B. Piña y Carlos Plank.

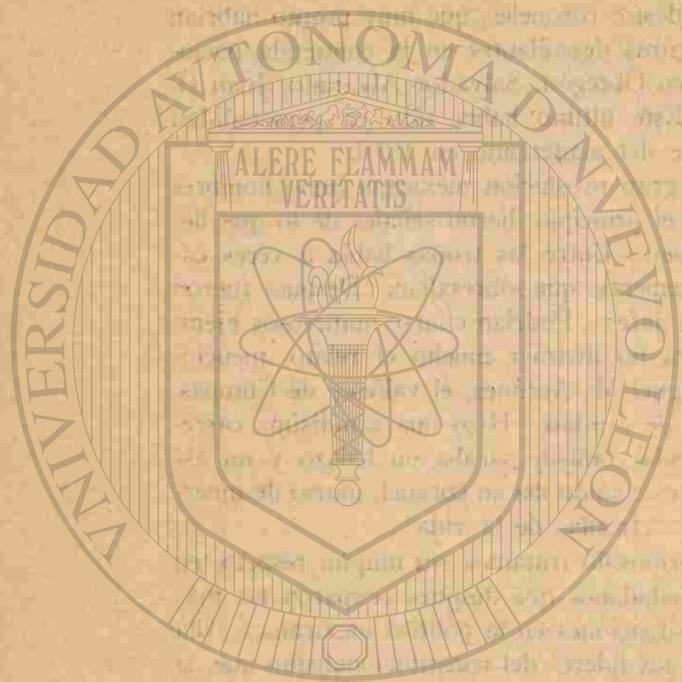
En esos días comenzaron a sonar los nombres de los modestos coroneles, que muy pronto habrían de ser figuras descollantes en la contienda nacional: Alvaro Obregón, Salvador Alvarado, Juan G. Cabral. Este último había sido ya personalidad prominente del maderismo en 1910.

En la gran revolución mexicana hubo hombres que desde el principio dieron señales de lo que llegarían a ser. Entre las tropas había a veces capitanes o tenientes que sobresalían. Después fueron magníficos jefes. Podrían citarse numerosos ejemplos. Para no distraer mucho el relato, mencionaré a Miguel M. Antúnez, el valiente de Cúmpas. Lo conocí de capitán. Hizo una rapidísima carrera. En cada combate sacaba un balazo y un ascenso. Pero cuando iba en coronel, murió de muerte natural. ¡Ironías de la vida!

En Hermosillo tratamos sin ningún respeto, en 1913, a ciudadanos que después ocuparon las más brillantes situaciones en la política mexicana. Allá estuvieron los líderes del constitucionalismo que, si bien nació en Coahuila, fue en Sonora donde recibió savia y vigor para abrirse paso, de norte a sur, en todo el vasto territorio nacional.

He aquí los nombres de los diputados sonorenses que desconocieron a Huerta:

Ignacio Bonillas. Adolfo de la Huerta. Eduardo González. Ignacio L. Pesqueira. Cosme Hinojosa. Flavio A. Bórquez. Alberto B. Piña. Alfredo Caturegli. Carlos Plank. Tomás D. Espinosa. Ricardo Laborín. Francisco Langston y Miguel F. Romo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

— XVII —

Campodónico había contraído matrimonio con la señorita Margarita Camou, el año de 1895. Tuvo cuatro hijos, de los cuales tres fueron mujeres y uno varón. Se llaman: Natalia, Margarita, Dolores y Juan.

A pesar de que continuamente, por deberes profesionales, "Champ" tenía que andar en fiestas y con amigos, era un hombre hogareño. La mayor parte de su tiempo la gastaba en estudiar, compo-

ner música y en atender a las necesidades de su familia.

La simpatía de Hermosillo hacia Rodolfo nunca decayó. La pequeña capital tenía entre otros tipos populares: a don Juanito, al maestro Arriola y a Pierre, un antiguo cómico que fue a Sonora en una compañía de zarzuela y se quedó en la ciudad de los Naranjos, haciendo refrescos y tamales.

El 1913 Pierre era propietario, con Pancho Gil, de una refresquería. Su establecimiento daba al costado norte de la plaza "Zaragoza". Ocupaba una casa de don Pancho Tapia. Por charlar con Pierre, que era un tipo bondadoso y socarrón, los jefes constitucionalistas visitaban "El Paraíso". Ahí les podían servir helados o una merienda.

Para aumentar su clientela, Pierre anunciaba en un pizarrón los platillos o refrescos del día, más sabrosos o más estimados. En el mismo lugar colocaba el "réclame" de su cenaduría, en versos estomacales, de propaganda ramplona. Las poesías-anuncio de Pierre eran aplaudidas y algunas hasta se aprendían de memoria. He aquí una de tantas cuartetos:

"Tres cosas que Dios nos hizo

para quitarnos la pena:

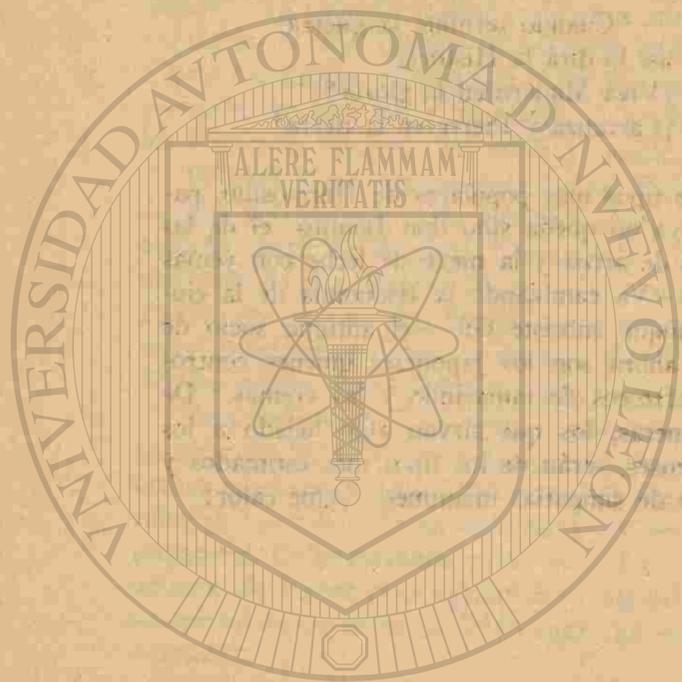
a Carranza, a Maytorena
y al grandioso "Paraíso".

Estimulando su gracia poética o con la ayuda de sus amigos, Pierre tenía siempre alguna novedad en el pizarrón de la refresquería. No era ra-

ro encontrar su nombre entre los renglones del anuncio. Otra vez escribió:

"Cuando termine la guerra,
así lo dirá la Historia:
¡Viva Madero en la gloria!
¡Carranza y Pierre en la tierra!

De los tipos más populares de Hermosillo, parece que ya no queda sino don Juanito: el de las horchatas de arroz y la nieve de leche con yemas de huevo. Va cambiando la fisonomía de la ciudad y aunque subsiste Gil —el antiguo socio de Pierre— ahora son los japoneses quienes controlan los refrescos de tamarindo y las cremas. De todas maneras, los que sirvan algo helado a los hermosillenses, serán de los tipos más estimados y que gocen de simpatías unánimes. ¡Qué calor!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

U A N L

— XVIII —

A mediados de agosto de 1913, hizo su entrada en Hermosillo el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Le recibió toda la ciudad. Nadie quedó en su casa. Nunca se había dispensado una acogida tan espontánea y popular como aquella de que fue objeto don Venustiano Carranza.

El Primer Jefe llegaba de realizar una tremenda caminata desde Coahuila a Sonora, atravesando la sierra, a caballo, entre Durango y Sinaloa. Ca-

si durante todo el trayecto se pasaron penalidades. El gran viejo llegaba entero y pujante. Estableció en Hermosillo la primera "capital de la República" del constitucionalismo.

La ciudad se animó como nunca. No había cuartos disponibles en los hoteles y se agotaban las comidas en fondas y restaurantes. Todas las noches tocaba la banda del Estado, en la plaza, la alameda o el Jardín Juárez. Don Venustiano trabajaba sin desmayo en organizar los movimientos militares hacia el sur. Madrugaba todos los días, como buen agricultor. Acompañado de sus ayudantes, iba muy temprano a recorrer los alrededores de la ciudad: la villa de Seris, la quinta Amalia o el rancho de don Antonio Morales. Con frecuencia tomaba el desayuno con don Antonio.

Acompañaron a Carranza en su viaje a Sonora, oficiales de Estado Mayor y civiles que después figuraron mucho en política. Tomados al azar, he aquí algunos nombres: Jacinto Treviño, Juan y Lucio Dávila, Francisco L. Urquiza, Jesús Valdés Leal, Cuevas, Rubén Durán, Julio Madero, Juan Barragán, Alfonso, Enrique y Alfredo Breceda —tres hermanos y su papá don Miguel— Gustavo Espinosa Mireles, Alberto y Gustavo Salinas, Salvador Martínez Alomía, Serapio Aguirre, Ernesto Perusquía, Urbano Flores, Luis G. Malvárez, Alfonso Gómez Morentín, José Campero, Jesús N. González.

La lista de prohombres sería interminable. Mencionemos a otros de los más importantes: Fran-

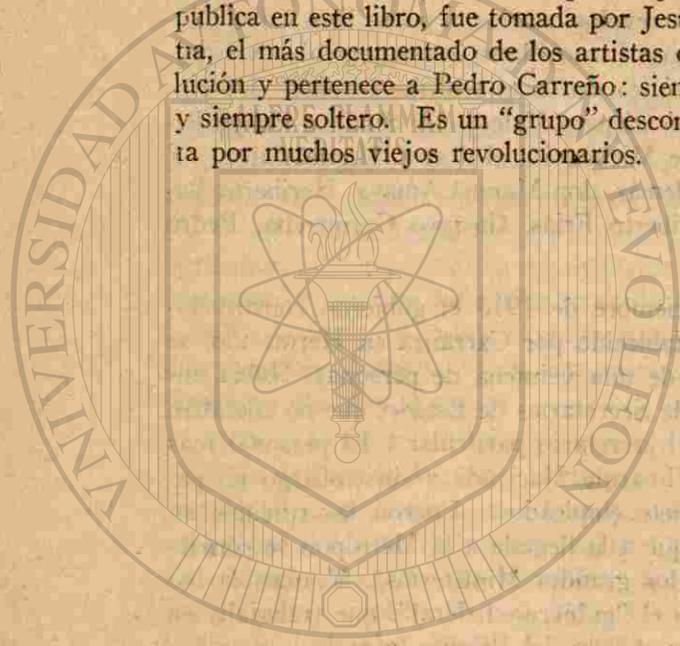
cisco Escudero, Felipe Angeles, Rafael Zubarán y Capmany, Manuel Bonilla, Isidro Fabela y Carlos M. Ezquerro. En esa época Hermosillo era la "Meca del Constitucionalismo". De todo el país fueron los revolucionarios a pasar lista. Del Noroeste llegaron Lucio Blanco —ya general— y Francisco J. Mújica, entonces teniente coronel. De Yucatán, llegó Cámara Vales. De Sinaloa, Felipe Riveros. De Michoacán, el doctor Miguel Silva. Y estaban además, don Manuel Amaya, Heriberto Barrón, Heriberto Frías, Gustavo Garmendía, Pedro Carreño...

En diciembre de 1913 el gobierno constitucionalista, establecido por Carranza en Hermosillo, se componía de una veintena de personas. Había encargados de Secretarías de Estado, que no contaban sino con el secretario particular. El personal más numeroso lo tenía Hacienda y sin embargo no pasaba de siete empleados. Fueron las oficinas en embrión, que a la llegada a la Metrópoli se convirtieron en los grandes Ministerios. Veamos la lista de todo el "gobierno federal", que trabajaba en Hermosillo al lado del Primer Jefe:

Lic. Rafael Zubarán y Capmany, Secretario de Gobernación. Gral. Felipe Angeles, Sub-Secretario de Guerra. Ing. Ignacio Bonillas, Oficial Mayor Encargado de las Secretarías de Fomento y Comunicaciones. Lic. Isidro Fabela, Oficial Mayor de Relaciones. Carlos M. Ezquerro, Oficial Mayor de Hacienda. Adolfo de la Huerta, Oficial Mayor de Gobernación. Salvador Cataño, Salvador Martínez

Alomía. Serapio Aguirre. Aurelio Ezquerro. Pedro Carreño. Francisco G. Rodríguez. Juan de Dios Bojórquez. Urbano Flores.

La curiosa fotografía de aquella época, que se publica en este libro, fue tomada por Jesús H. Abitia, el más documentado de los artistas de la revolución y pertenece a Pedro Carreño: siempre joven y siempre soltero. Es un "grupo" desconocido hasta por muchos viejos revolucionarios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



El personal del Gobierno, a las órdenes del Primer Jefe, en diciembre de 1913. - Hermosillo, Sonora.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

... La música de los sonores...
... en la que forma...
... la familia...
... el modo de hacerlo...

— XIX —

Campodónico componía su música acompañándose del órgano o de la guitarra. Cuando le llegaba la inspiración, excitaba su organismo bebiendo café negro —del buen café sonorenses— (1) y fumando cigarrillos de torcer. Casi todas sus piezas las hizo de noche, porque entonces podía reconcentrar mejor su espíritu. Tenía gran facilidad para escribir después, lo que "sacaba" en la guitarra o en el piano.

Casi toda la música de "Champ" la imprimió una casa de Boston, que aseguraba la propiedad al

(1) No hay café sonorenses. Lo llevan de Tapachula y es muy caro. Es sonorenses por el modo de hacerlo.

compositor. La mayoría de sus valsés fueron ordenados por jóvenes de Hermosillo, quienes halagaban a sus prometidas colocando sus nombres junto al del glorioso músico. De las piezas dedicadas a hombres, sólo recuerdo dos: "En tu día" que hizo para el beneficio del actor Gutiérrez; y "Viva Maytorena" en honor de su amigo, don Pepe.

La casa en que vivió más tiempo el maestro "Champ" es la que forma esquina con la calle de Rosales y avenida Serdán. Es una mansión espaciosa y Rodolfo fue su dueño. Le servía como habitación, estudio, y para que en su corredor ensayara la orquesta. En ella se celebraron los cumpleaños del maestro y de su familia.

Campodónico es considerado como uno de los primeros valsistas de México, tanto por la calidad como por la cantidad de lo que produjo. Hay otros connotados valsistas en el país; pero quizá ninguno esté tan cerca del maestro sonorensé como Alberto M. Alvarado, el viejo compositor duranguense.

Recibió honores en el país y en el extranjero y aunque algunas veces se plagiaron sus composiciones, no hay en la República quien no reconozca la inspiración y la fecundidad del autor de "Club Verde". Su nombre ha sido citado en Estados Unidos y en Alemania y algunos de sus valsés ejecutados por la famosa Sinfónica de Filadelfia. El modesto músico nació en Hermosillo, dió gloria a su Estado. Su fama se extendió por todo el continente y ocupa un puesto destacado entre los más célebres compositores mexicanos.

Ultimos días de
"CHAMP"

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS

Le invadió la tristeza. Sentía la nostalgia del hogar. Sin embargo, pronto organizó una orquesta y se hizo de clientela. A pesar de su repugnancia por el "fox", tuvo que tocarlo en los bailes de la frontera.

Dedicado a su profesión luego se hizo popular y pudo vivir sin privaciones. Su orquesta era contratada con frecuencia para tocar en Bisbee, el floreciente mineral de Arizona.

¡Qué vida tan diferente! Acostumbrado a recibir saludos de todo el mundo en Hermosillo, se encontraba ahora entre casi puros desconocidos. Eran raros los amigos. En cambio, allá en las calles de su ciudad, hasta los fuereños lo saludaban con cariño. Le costó esfuerzos adaptarse a la nueva existencia. No le faltaban ni el café ni los cigarros; pero extrañaba el ambiente familiar de Pític.

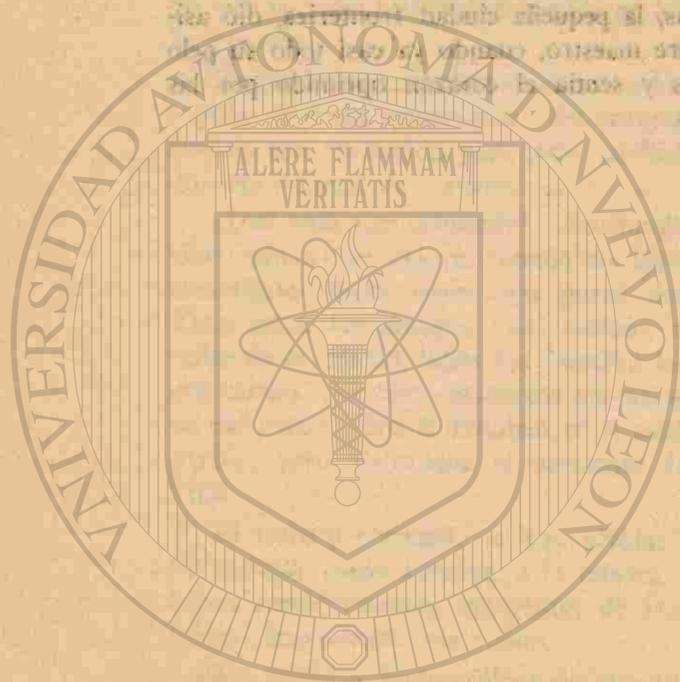
El trabajo constante le hizo olvidar sus penas. Se entregó, como siempre, a la música. Le guardaron consideraciones las gentes de Douglas. Se fueron imponiendo sus valeses.

No volvió a Hermosillo y en su casa de Estados Unidos se fue haciendo viejo. Se casaron sus hijos. Tuvo varios nietos a quienes adoró. En los últimos años tomó un aire parecido al de su papá, don Juan.

Nunca fue político, ya lo hemos dicho. Su exilio se debió a compromisos de amistad. Maytorena tuvo deferencias para él y las correspondió acompañándolo al extranjero. No merecía haber

pasado así sus días postreros. La ciudad de Hermosillo debió reclamar su presencia, cuando los rencores políticos se fueron desvaneciendo.

Douglas, la pequeña ciudad fronteriza, dió asilo al célebre maestro, cuando ya casi todo su pelo eran canas y sentía el corazón oprimido por las amarguras.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con relación al tema del presente de México. En
alguna región de la República mexicana una (1900-
esta característica es la de ser una y singular, pero
de las gentes se parecen las modales son las
las etnas y hasta los paisajes y la música tienen
un carácter especial. El "Champ" fue hombre de su
tiempo y del momento. Es un representante de
los países en la vida de México: la de principios
del siglo hasta 1900 y la de principios de la re-
volución constitucionalista hasta 1915.
A pesar de que nos queda Clara Fregata ya no
podemos en México en nuestra música con quien
superar a Rodolfo. Más allá del presente como
pueden ser los en México. A pesar de las 4-5
que del 70 en el mundo de 1900. Pero quien está
que sería con sus pensamientos de cambio los se-
esta época.
Fue centrado en el momento de México.
Su vida era una. El "Champ" fue un hombre de
también y los amigos. No hubo nadie en
este: pero cuando la vida de México llegó a
el momento de cambio en sus pensamientos de

— XXI —

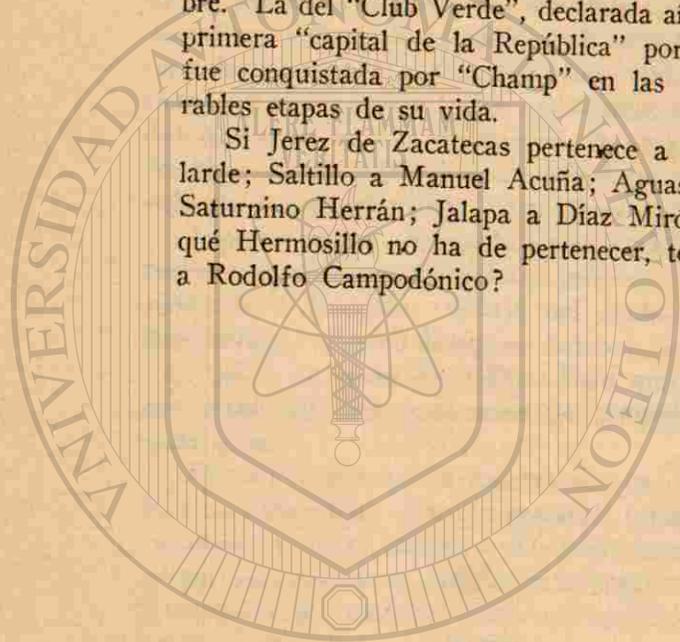
La música de "Champ" se encuentra en los me-
jores repertorios de México. Muchas de sus com-
posiciones están grabadas en discos o se oyen por
el radio. En ellas se percibe el espíritu alegre de
Rodolfo, sin que falten las notas melancólicas o
quejumbrosas.

Fue un maestro de otra época. Sus vals pue-
den tener reminiscencias de Strauss o de Waldteu-
fel —genios— pero son magistrales porque evocan

escucharon las melodiosas notas de sus valeses inmortales.

Nunca una ciudad se entregó más a un hombre. La del "Club Verde", declarada años después primera "capital de la República" por Carranza, fue conquistada por "Champ" en las dos memorables etapas de su vida.

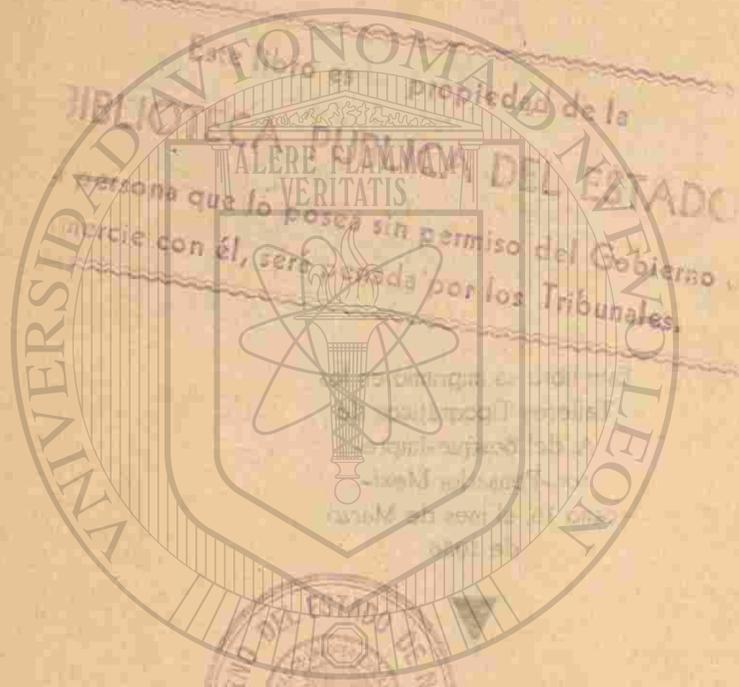
Si Jerez de Zacatecas pertenece a López Velarde; Saltillo a Manuel Acuña; Aguascalientes a Saturnino Herrán; Jalapa a Díaz Mirón... ¿por qué Hermosillo no ha de pertenecer, toda entera, a Rodolfo Campodónico?



Este libro se imprimió en los
Talleres Tipográficos de
A. del Bosque-Impre-
sor.-Pensador Mexi-
cano 18, el mes de Marzo
de 1936.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

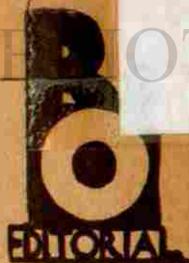


LIBRERÍA PÚBLICA DEL ESTADO



Este libro es propiedad de la
BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO
Cualquiera que lo posea sin permiso del Gobierno o
intercambio con él, será penado por las autoridades

ESTADO AUTÓNOMO DE NUEVO LEÓN
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECAS



9